

GERAS THANONTÔN: MUERTE Y FUNERALES EN LA MONARQUÍA LACEDEMONIA

Juan Miguel Casillas
Universidad Complutense de Madrid

1. Introducción

Los funerales de los monarcas lacedemonios no se improvisaban. Por su mismo carácter, es decir, porque se referían a un líder político que a su vez era general, que podía haber tenido la función de legislar, que en algunas ocasiones determinadas ejercía el sacerdocio¹ y, en definitiva, que podía ser un benefactor de la ciudad o del pueblo, sus ceremonias fúnebres estaban regladas con una extremada rigidez ritual que, al parecer, no sufrían ninguna alteración por una decisión de carácter político o interés de grupo. A diferencia del resto de los espartiatas, no se trataba de un privado, sino de un personaje que representaba al Estado, y que además, era un descendiente directo de Heracles en la tierra².

¹ X. *RL.* 13. 2.

² Terminadas las guerras médicas, el prestigio de Esparta salió reforzado, pero a su vez se hizo necesario conectar la ciudad con unos supuestos orígenes míticos, al igual que ocurría, entre otras *poleis*, con su competidora Atenas. Es cierto que esta tendencia se había iniciado ya con anterioridad, por ejemplo con la recuperación de los huesos de Orestes (mediados del siglo VI a. C.), pero es ahora cuando se hace más necesario para fortalecer su posición política y la homogeneidad social de la clase dirigente, no sólo dentro de la península Helénica, sino también en el exterior. Así, se relacionó la presencia de los dorios en Laconia con el regreso de los Heráclidas, y a la monarquía se la enlazó con el mítico conquistador de Laconia Aristodemo, descendiente directo de Heracles. Estos dos hechos consolidaron la base mítica de la ciudad a la vez que la equiparaban con el resto de las *poleis* existentes en la Hélade en donde, incluso, las más pequeñas tenían sus héroes.

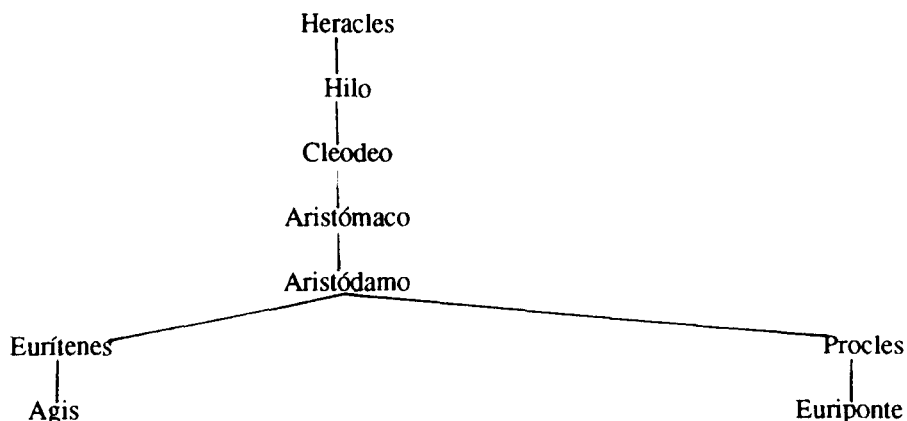
El relato que transmite Heródoto (7. 52), que recurre a acontecimiento de tipo mítico, pretenden conectar a las dos casas reales, Agiada y Euripóntida, con Heracles. Con ello se aceptaba por parte del espartano que su emigración al Peloponeso era relativamente reciente (especialmente frente a los

Cuando el estado lacedemonio se comprometió en la configuración de la institución monárquica dual, esta pasó a ser disfrutada sólo por dos familias de la élite espartana, la de los Agíadas y la de los Euripóntidas. Así, ejercieron el poder político formal, para lo que se aseguraron constituir la descendencia del héroe Heracles: ellos fueron la semilla del semidios hijo de Zeus, en palabras de un requerimiento délfico³. Además, la aristocracia de diversas ciudades de Grecia -con algunas excepciones, como por ejemplo la de Egina-, entre las que se hallaba Esparta, había mantenido constante el automático y exclusivo enlace entre los descendientes humanos de la divinidad y la función política. De esta forma, entre los espartanos fueron las dos casas reales quienes se sucedieron en el conocimiento de la conexión esencial entre el *buen-ser* del estado lacedemonio y la existencia continuada de la monarquía dual; una brillante ilustración de lo expuesto, posiblemente expresada por Heródoto, sería la siguiente: *los espartiatas valoran las cosas de los dioses más altamente que las*

autóctonos vecinos de Arcadia; cf. Hdt. 7.1. 23) y que les era necesaria una legitimación sobre el territorio donde se asentaban. De esta forma se hicieron descendientes de Heracles uniendo la necesidad ideológica de esta justificación con la presencia física del hijo de Zeus sobre el territorio que ahora ellos volvían a poseer haciendo, incluso, contemporánea la monarquía dual con la presencia de los dorios en Laconia; no obstante, de los primeros reyes enumerados en la lista recogida por Heródoto, no tenemos ninguna constatación, literaria o arqueológica, de su existencia, por lo que podrían ser hasta cierto punto nombres imaginarios o de compromiso, utilizados con la finalidad de cubrir el vacío existente entre los oscuros orígenes de la presencia doria en Laconia y los monarcas que presentan una mayor consistencia histórica (mediados del siglo VIII a. C.).

De la narración de Heródoto, basada posiblemente en ancestrales leyendas lacedemonias elaboradas por escrito entre finales del siglo VI y comienzos del V (P. A. Cartledge, *Sparta and Lakonia. A regional history 1300-362 B.C.* Londres 1979. 342) se puede extraer una conclusión: la existencia de una conexión entre los monarcas espartanos y diversos personajes de origen mítico, en un intento de explicar la ya tan atípica institución para lo que también tendría un papel fundamental la ceremonia funeraria tributada a los monarcas.

Por tanto, los descendientes míticos de Heracles hasta la fundación de las dos casas reales serían:



³ Th. 5. 16. 2.

*cosas de los hombres*⁴; esta unión divina y humana es referida indirectamente por Jenofonte⁵ al hacer referencia a la genealogía de Agesilao, pero también fue hecha explícita en los éforos mediante su elección anual. La unión, además de ser válida, no sólo fue buena sino también beneficiosa para los reyes espartanos. Este hecho es refrendado, igualmente, por las continuas afirmaciones de que la monarquía dual fue parte de la divinidad ordenadora del régimen lacedemonio, afirmación que por primera vez aparece explícitamente en Tirteo⁶ y que se manifestó al servicio de las dos familias reales, Agiada y Euripóntida.

Con este hecho se justificaba, asimismo, la elección de estos γένη para la máxima institución de los lacedemonios, al constituir los únicos descendientes directos de Heracles. Ello produjo que al menos otras dos *gentes* procedentes de la aristocracia de la ciudad, los Aigidas⁷ y los Taltíbidas⁸, fueran desechados como posibles reyes-guía del estado, aunque si tuvieron la posibilidad de heredar diversas prerrogativas públicas, lo que produjo que, incluso en algunos períodos históricos, poseyesen más poder que el propio monarca. Así, la lista real de las dos casas aristocráticas que salieron beneficiadas de este vínculo que actuó como mnemotécnica de parentesco social⁹.

En casi todas las sociedades, los ritos funerarios de los gobernantes comportan caracteres especiales por el hecho de formar parte de un drama político en el que están implicadas muchas personas e instituciones¹⁰. Este drama siempre revistió implicaciones simbólicas o cosmológicas y, consecuentemente, políticas de enorme importancia. Por ello, los deseos concretos del gobernante, expresados cuando aún estaba en vida, sobre el modo y desarrollo de sus funerales, no fueron en todos los casos respetados estrictamente y es entonces cuando acontece la alteración del rito destinados a sus reyes y normalmente aceptado por la sociedad espartana. Así, el monarca lacedemonio Agesilao II solicitó a sus compañeros de la expedición a Egipto¹¹ que las exequias que recibiese en su ciudad fueran extremadamente

⁴ Hdt. 5. 63. 2.

⁵ X. *Ages.* 1. 4.

⁶ Tyr. 4 D.

⁷ Hdt. 4. 149. 1.

⁸ Hdt. 7. 134. 1.

⁹ Así, esto llevó a los reyes, por ejemplo, a ser eximidos de la prohibición que pesaba sobre el resto de los espartiatas de no tener honras fúnebres elaboradas, ni especiales; por tanto se le tributaban ritos funerarios como hombres, pero también como *daimones* o héroes, ya que las mismas razones de su enlace divino explicarían el culto que recibían después de su muerte. Véase, P. A. Cartledge, *Agesilaos and the Crisis of Sparta*, Londres y Baltimore 1987, 338.

¹⁰ R. Huntington-P. Metcalf, *Celebrations of Death*. Cambridge 1979. 122.

¹¹ Ver, J. M. Casillas, "Soldados-mercenarios en Esparta: Desde Leuctra a la muerte de Agis III", *Studia Historica* IX, 1991, 81.

sencillas y que no se le erigiese ninguna representación escultórica, "pues si había hecho el bien, su memoria perduraría y si no lo hubiera realizado, ninguna obra de arte serviría para recordarle"¹²; sus deseos no sólo no se vieron cumplidos, sino que incluso se le tributaron dos funerales calificados por las fuentes de extraordinarios, uno al llegar la noticia de su muerte a la ciudad de Esparta, y el otro con el cuerpo presente, en donde la ceremonia revistió toda la grandeza que la máxima figura del estado podía disfrutar¹³. Parece evidente, por otra parte, que en los funerales de los monarcas lacedemonios existían ceremonias y elementos exteriores o simbólicos que establecían una conexión de los reyes con el pueblo al que servían y con la divinidad de la que descendían. No se conservan demasiados datos sobre estas ceremonias, pero en los que nos han llegado no se aprecian diferencias ni evolución en cuanto al desarrollo de su celebración.

Además, debemos de tener en cuenta que en un análisis riguroso, efectuado desde un punto de vista diacrónico, las diversas ceremonias que formaban parte de los funerales constituían un conjunto homogéneo. A pesar del transcurrir del tiempo no es posible observar hasta época helenística algunas variaciones, momento en el que el ceremonial religioso de los monarcas adoptó diversos rituales característicos de esta época. Por tanto, este hecho permite una cierta generalización en el estudio del rito, no obstante la escasez de documentación, arqueológica y literaria que han llegado hasta nuestros días.

En definitiva, los ritos funerarios tenían en sí una ideología propia y una simbología que permitía y justificaban la existencia de una institución que en época clásica ya era considerada anacrónica.

La conclusión de la vida relativamente austera de los espartiatas era un funeral discreto; este mostraba ciertos cambios organizativos según fuese el destinatario uno de los *homoioi* o el rey, lo que en la práctica suponía la única diferencia esencial entre el monarca y el resto de los ciudadanos espartanos. Ello hacía que la función esencial del elaborado rito funerario real no sólo tuviese unas connotaciones religiosas, sino también simbólicas por las que se le confería al rey un *status* especial, cercano al del héroe; así, traspasaba las fronteras que le separaba de simple mortal en un ser carismático. Le era instituido un culto, una organización sacerdotal y una serie de juegos destinados a perpetuar su memoria. El funeral, en definitiva, constituía una especie de *rite de passage*, por el que el rey se incorporaba al uso común del culto y veneración por parte de la población de Laconia.

Los lacedemonios consideraban que sus monarcas, a través de la ceremonia

¹² Plut. *Moralia* 215 A; un pensamiento idéntico también se encuentra expresado en Plut. *Moralia* 191 D.

¹³ Plut. *Agés.* 40; también Huntington y Metcalf citan, como ejemplo, el caso del testamento de Lenin, en donde se establecía que su entierro debía ser efectuado con la máxima simplicidad de acuerdo con sus propias ideas políticas sobre la igualdad; en cambio, el funeral representó la máxima exaltación y su cadáver fue expuesto en la Plaza Roja de Moscú, donde todavía se encuentra en la actualidad, en un sobrio sarcófago de cristal. Cf., R. Huntington-P. Metcalf. *op.cit.* 122.

fúnebre, se convertían en una especie de *daimones*¹⁴ o héroes que les permitía adquirir un poder para utilizarlo al servicio de la comunidad con la finalidad de protegerla y mejorar progresivamente la calidad de la población que nacía¹⁵. Así, las honras fúnebres en Esparta, al igual que en el resto de Grecia¹⁶,

¹⁴ Alcmán, fragm. 5 Page.

¹⁵ P. A. Cartledge, *op.cit.*, 1987, 340.

¹⁶ A continuación se va a exponer, aunque por fuerza tiene que ser breve, las características de algunos funerales que se celebraron en otras ciudades griegas.

a) Atenas.

Principalmente, la legislación funeraria ateniense fue obra de Solón, a comienzos del siglo VI a. C. Decretó que la *πρόθεσις* tuviese lugar en el interior de un recinto; la *ἐκφορά* o cortejo fúnebre era efectuado al día siguiente del velatorio antes de que amaneciese, con los hombres situados al inicio de la procesión, mientras que las mujeres se situaban en la parte trasera de la misma. Ambas ceremonias tuvieron limitaciones para las mujeres, que sólo podían participar, en las mismas hasta el grado de parentesco de primas segundas, o que ya tuviesen más de sesenta años. Sólo los miembros que formaban el grupo tenían asegurado el poder volver a la casa del difunto para las celebraciones una vez enterrado el cuerpo. Es evidente que no hubo restricciones para la presencia de hombres en el funeral. Además, estaba regulado y limitada las muestras suntuarias a tres velos, una túnica púrpura y diez flautistas, y las mujeres tenían prohibido lacerarse el cuerpo o mostrar cualquier otro símbolo de dolor. Plutarco nos señala que Solón promulgó numerosas leyes tendentes a limitar la ostentación pública, prevenir licencias y evitar desórdenes, generalmente causados por las expresiones de las mujeres. Algunas son las siguientes:

a.1) Las plañideras no podían llevar puesto más que tres *himatia*.

a.2) El alimento y la bebida comprados que se llevase a la tumba, no podían superar el valor de un óbolo.

a.3) Las cestas de las ofrendas no podían exceder de un codo de longitud.

a.4) Las plañideras no podían ir de noche al cementerio con excepción de las montadas sobre carros funerarios con una luz que mostrase el camino.

a.5) No estaba permitido lacerarse con flechas como signo de pesadumbre, o emitir cantos preparados.

a.6) Estaba prohibido el sacrificio de un buey sobre la tumba.

a.7) El muerto sólo podía llevar para su entierro un máximo de tres *himatia*.

a.8) La tumba no podía ser visitada excepto en el momento de la inhumación.

Incluso era posible efectuar un discurso fúnebre sobre la tumba.

Esta legislación permaneció prácticamente inalterable, aunque con el tiempo fueron añadidas pequeñas modificaciones, que no variaron significativamente lo establecido por Solón, como el límite de los gastos en la ostentación de los mausoleos que fue impuesta a mediados del siglo VI, o la *εκφορά* que debía tener lugar fuera de la ciudad y, ahora, a la luz del día, o que la exposición del derecho sagrado pueda constituir la última fuente de autoridad con relación a los ritos sagrados, o que la sepultura no podía construirse en una tierra cultivada. Cf., V. Ehrenberg, *From Solon to Socrates*. Londres 1968, 69; A. M. MacDowell, *The Law in Classical Athens*. Londres 1978, 43 y 47; M. A. Richter, *The Archaic Gravestones of Athens*, Londres 1961, 38; y, Cic. *Leg.* 2. 50. Plut. *Solón* 21, Pl. *Leg.* 958 D-960 C.

b) Delfos.

El primer texto que tenemos, escrito en dialecto jonio, sobre el funeral ordinario que se celebraba en Delfos, data aproximadamente de 400 a. C.; en el mismo se expresan las obligaciones legales y religiosas de los participantes en los ritos funerarios. El decreto hallado (*LSG* II 74; *LGS* 77 y *SIG*³ 1220) se puede resumir en los siguientes puntos:

mayoritariamente eran realizadas en beneficio de los vivos, al depositar en las mismas la confianza en sus efectos apotropaicos cuando esta característica dominaba la mentalidad colectiva griega durante época clásica.

La configuración y formación del ritual en Esparta se debió producir entre finales del siglo VIII y mediados del VII¹⁷, cuando Esparta se encontraba en su máximo esplendor artístico y mantenía múltiples contactos con las islas del Mediterráneo Oriental y con poblaciones radicadas en el Próximo Oriente. Es el período en que, primero Asiria y después Babilonia se situaron en las cimas de su poder político y esos contactos pudieron influir en la propia consideración carismática que el rey espartano pasó a disfrutar después de haberse producido su muerte, a similitud de los monarcas asirios y babilonios.

A su vez, en la misma época cronológica se produce la inauguración de los importantes cultos a Menelao y Helena. Sus respectivos santuarios se conectan con el inicio del culto heroico. Arqueológicamente, el Meneleo es una estancia clásica que por su estructura arquitectónica muestra deliberadamente una gran nostalgia por el pasado heroico, en un momento, finales del siglo VIII a.C., en que los poemas homéricos ya tenían una gran difusión en Grecia. También estas obras literarias ejercieron una destacada influencia en las artes figurativas, especialmente a partir aproximadamente de 725 a.C., cuando comenzaron a surgir representaciones con tema mítico por mediación de danzas, batallas, cacerías, escenas marítimas y de la

b.1) No más de 35 dracmas era el precio que el nuevo comprador debía dar por el terreno en que iba a ser construida una tumba.

b.2) El vestido tenía que ser grueso y de color gris claro.

b.3) Si alguna de estas reglas no se cumplían, se impondría una multa de hasta 50 dracmas, a menos que el acusado jurase sobre la tumba que él acató toda la reglamentación legalmente permitida.

b.4) Sólo un paño podía ponerse debajo del cuerpo de la persona fallecida y exclusivamente una almohada bajo la cabeza.

b.5) El cuerpo debía ser transportado a la tumba en silencio.

b.6) No se podían originar lloros ni lamentaciones el día después del entierro.

Cf. R. Garland, *The Greek way of Death*. Londres e Ithaca 1985, 44.

c) Gambreión.

Localidad cercana a Pérgamo. Conocemos su legislación funeraria por una inscripción datada en el siglo III a. C. (LSA 16, SIG³ 1219), que constituye un código de prácticas que han de ser observadas. La legislación puede resumirse así:

c.1) Las planideras usaban un vestido de color castaño; los hombres y los niños también lo llevaban marrón, a menos que estos últimos no lo prefiriesen blanco.

c.2) Las ceremonias en honor de la persona fallecida debía haber concluido antes de tres meses; los hombres debían guardar luto durante cuatro meses, las mujeres cinco. La mujer también tenía que cesar toda actividad durante los funerales y tomar parte en la procesión establecida por la ley.

c.3) Las mujeres tenían que purificarse antes de tomar parte en el Festival de las Termoforias; esta purificación habría de hacerse bajo la supervisión de una persona elegida por la propia mujer. Las que contravenían esta norma se las excluía de todos los sacrificios por espacio de diez años y eran encarceladas por impiedad.

R. Garland, "The well-ordered Corpse: an investigation into the motives behind Greek funerary legislation", *BICS* 36, 1989, 10.

¹⁷ Cf., P. A. Cartledge, *op.cit.*, 1987, 337

vida cotidiana; junto a esto se encuentra la progresiva institución del culto a los héroes reflejados en las obras de Homero, que en Esparta fueron Menelao y Helena¹⁸.

Se ha constatado la reconstrucción arquitectónica del Meneleo unos quinientos años después de la desaparición, como período arqueológico, del micénico en Laconia¹⁹. Menelao y Helena son, junto a los Dióscuros y Apolo, los dos héroes más importantes de Esparta. Además constituyeron los primeros personajes que con indudables características de heroización se crearon en la ciudad, pues el mítico Agamenón, por ejemplo, será ascendido a la categoría de héroe lacedemonio más tarde, en el siglo VI²⁰. Igualmente ambos arquetipos, Menelao y Helena, se utilizaron como punto de referencia para posteriores heroizaciones, no muchas que se llevaron a cabo en Esparta como por ejemplo, las de Licurgo, Quilón o Lisandro.

En este ambiente se encuentra asimismo Teopompo, que también sufrió el proceso de heroización tanto por su política expansiva del territorio lacedemonio hacia Mesenia, como por crear la primera legislación escrita, aspecto que parece desprenderse de los poemas de Tirteo²¹, aunque por el arcaísmo de este monarca no pueda ser constatable con cierta fiabilidad este hecho; lo mismo le ocurrió a Leónidas I por su defensa y muerte en el paso de las Termópilas, e incluso se llegó a considerar, con cierta sorpresa, como suyo un busto aparecido en la Acrópolis, aunque en la actualidad esta atribución ha sido puesta en duda. Igual les sucedió a Agesilao II y a otros personajes vencedores de juegos olímpicos o guerreros que tuvieron un comportamiento sobresaliente durante una batalla como ocurrió con los primeros caídos en las Termópilas o con el matador del beocio Epaminondas²².

El el transcurso del siglo VIII las aglomeraciones urbanas y semiurbanas pasaron de una fase que podríamos denominar *antepolítica* a otra fase *política*, momento en que se produjo la aparición de la *polis* griega²³. El fenómeno entrañó el cambio de las estructuras tradicionales, heredadas de época micénica, para recuperar las nociones sociales y artísticas que se plasmaron en la ejecución de unos objetivos políticos dentro de la ciudad; uno de los que se manifestó con mayor fuerza fue la religión cívica responsable de la configuración del mundo heroico²⁴.

La heroización es un típico caso de prosopopeya: a los héroes ancestrales se les

¹⁸ H. W. Cartling, "Excavations at the Menelaion, Sparta, 1973-1976", *AR* 20, 1976-1977, 34.

¹⁹ H. W. Cartling, *op. cit.*, 1976-77, 34.

²⁰ J. N. Coldstream, "Hero-cults in the Age of Homer", *JHS* 96, 1976, 13.

²¹ Tyrt. 3 D.

²² Paus. 3. 12. 9 y S. Hodkinson, "Social Order and the Conflict of Values in Classical Sparta", *Chiron* 13, 1983, 260.

²³ F. de Polignar, *La naissance de la cité grecque*, Paris 1984, 31.

²⁴ C. Berard, "Recuperer la mort du Prince: Heraisation et formation de la cité", en: *La mort, les mort dans les sociétés annciens*, G. Gnali & J.P. Vernant (Eds.), Cambridge 1982, 90.

cambia de *status* social, se produce una transformación, a las que se adaptan los muertos de las nuevas élites dirigentes mediante la institucionalización de este hecho. Gracias a los héroes, la ciudad resuelve un problema de crisis de soberanía fundamental para la sociedad y las formaciones políticas griegas²⁵, que permiten asegurar la presencia de un héroe que *sirva* a la posteridad²⁶ y pueda ser utilizado como símbolo de la personalidad de la *polis*; su misión será encargarse de preservar ciertos valores que se desarrollan libremente en el nuevo sistema social y político que se instaura. Por ello, se le construye y dedica un *herôon*, en donde recibirán ofrendas anualmente²⁷.

El héroe podrá ser al mismo tiempo una persona real, un guerrero ilustre, un guía de los destinos del estado, un príncipe o un jefe como ocurrió con el fundador de una colonia a partir del siglo VIII a. C., o con personajes legendarios de época micénica como Teseo en Atenas, Agamenón en Micenas, Menelao en Esparta²⁸, o Anas de Delos²⁹. Ciertamente, en ambas situaciones, humana y mítica, será alguien representativo del espíritu de la ciudad cuya invocación y culto podrá ser requerida con la finalidad de mantener y proteger, aunque fuese sólo psicológicamente, a la ciudad.

El culto al héroe³⁰ en Laconia tuvo destacada importancia y puede conectarse en

²⁵ C. Berard, *op. cit.*, 91.

²⁶ Ejemplos de lo expuesto pueden encontrarse algunos como el de Harmodio y Aristogitón para los atenienses. Asimismo, los habitantes de Anfípolis consideraron al espartano Brásidas como segundo οἰκιστής, y recordado, incluso, por encima del verdadero fundador de la ciudad, Hagnón. Cf., A. M. Snodgrass, "Les Origines du culte des Héros dans la Grèce Antique", en *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, G. Gnali & J. P. Vernant (Eds.), Cambridge 1982, 108.

²⁷ C. Berard, *op. cit.* 91.

²⁸ Los principales héroes de Esparta fueron Menelao y su esposa Helena, a quienes se les comenzó a rendir culto a partir del siglo VIII a. C.; este hecho ha sido verificado por la arqueología, que ha constatado la existencia de ofrendas en donde se creía por tradición estaban situadas sus tumbas, cuando con anterioridad a esa fecha toda la zona había sido bastante descuidada. Sobre las sepulturas se levantaron unos santuarios en los que, a pesar de la permanencia de signos de los desaparecidos esplendores de Terapne (que puede identificarse como la casa del héroe), responden a las nuevas percepciones del espacio religioso: un espacio organizado, con una clara separación entre lo sacro y lo profano, a donde la población ciudadana acudía a depositar ofrendas, a la vez que en este espacio religioso se establecía una jerarquía dentro del mundo divino, con una posición destacada para el héroe y protector de la *polis*. Paus. 3. 19. 3 y ver, H. W. Cartling *op. cit.*, 1976-77, 34 y F. de Polignar, *op. cit.* 31.

²⁹ Cf., C. Berard, *op. cit.* 95-96.

³⁰ El culto al héroe tenemos que distinguirlo claramente del culto a los muertos; este último consiste en que parientes o amigos de una persona recientemente fallecida le lleven ofrendas, mientras que el de los héroes es una acción prolongada en el tiempo y su práctica se desarrollaba durante bastante tiempo, además de ser realizado por toda la comunidad; los monarcas lacedemonios a través de sus funerales alcanzaban esta consideración. Así, por ejemplo, el viajero Pausanias pudo ver aún la tumba de Teopompo (3. 16. 6), la estatua de Polidoro (3. 11. 10), estatua y sepultura del regente

algunos casos con la presencia de determinadas tumbas en túmulo destinadas a personajes destacados de la vida ciudadana, entre los que se encontraría, aunque sus tumbas todavía no han sido halladas, la de los reyes. Estos a través de las honras fúnebres pasaban de la consideración de simples antepasados humanos y por tanto mortales, a héroes y, consecuentemente *daimones* protectores de Lacedemonia. En época clásica el ritual ya estaba consolidado y es ahora cuando Heródoto se sorprendió del parecido que poseía con otras ceremonias que había presenciado durante sus viajes, hecho que recalcó en diversos pasajes de su obra³¹.

2. La ceremonia fúnebre

Los ritos funerarios de los *homoioi* estaban reglados por una legislación estricta atribuida a Licurgo; en los mismos se adoptan connotaciones típicas de la cultura griega, pero también son apreciables, a través de los escasos datos conservados³², que en las exequias de los monarcas, a diferencia del resto de los ciudadanos, se recogen ciertas influencias de procedencia oriental³³, manifestadas en diversos ritos y simbologías que los desmarcan del resto de los rituales helénicos.

La legislación heredada de Licurgo fijaba como se debía observar el buen entierro del monarca lacedemonio³⁴, así como el tiempo que era necesario mantener el duelo³⁵, las características que debían tener los sepelios... Pero, asimismo, hacía referencia a las prohibiciones de estricto cumplimiento que incluían, no sólo al rey sino que también eran hechas extensibles al resto de los espartiatas; de esta forma, no se podía escribir el nombre del ocupante de la sepultura, salvo en los casos de ciudadanos caídos heroicamente en el transcurso de una batalla³⁶, las mujeres

Pausania (3. 14. 1 y 3. 17. 7) y la tumba de Leónidas (3. 14. 1), y Tucídides pudo observar la veneración que existía hacia la tumba del regente Pausanias (1. 134). Además los héroes tienen la facultad, negada a los mortales de consolar, divertir, tal vez inspirar cierta ayuda, en definitiva, proteger a quienes le invocan. Cf., A. M. Snodgrass, *op. cit.* 108.

³¹ Cf., Hdt. 6. 58. 2 y 6. 59.

³² Efectivamente, son muy escasos los datos que poseemos sobre el ritual funerario de los reyes espartanos. La documentación que ha llegado hasta nosotros procede esencialmente de monarcas que reinaron durante los siglos V y IV: Leónidas I, Agis II, Agesípolis, Cleómbroto I y Agesilao II. Ver. X. *Hel.* 3. 3. 1; Plut. *Ages.* 3, 40, *Moralia* 191 D, 215 A; Paus. 3. 8. 8; 3. 14. 1; Nep. *Ages.* 8. 6. P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 110.

³³ A favor, P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 338; en contra, R. Parker, "Were Spartan Kings heroized?", *LCM* 13. 1, Enero 1988, 10.

³⁴ Hdt. 6. 58. 1-3, 6. 59 y X. *RL.* 15. 8-9.

³⁵ Hdt. 6. 58. 3; Plut. *Lyc.* 27. 4.

³⁶ Plut. *Moralia* 238 D.

fallecidas durante el parto³⁷, y los sacerdotes³⁸, todas estas excepciones, tenían el derecho potestativo de hacer referencia a su origen y expresar brevemente otras circunstancias personales -pequeña biografía, causas de la muerte...- de las que nos han llegado algunos ejemplos epigráficos³⁹. Igualmente, tampoco se debía hacer ostentación de la posición social que ocupaba el individuo enterrado, o excederse en el ajuar contenido en la propia tumba.

Así, los hombres ricos se avinieron a compartir con los menos favorecidos una forma de vida austera y unas mismas características en el ritual funerario⁴⁰, a lo que condujo la consciencia de pertenecer a la misma comunidad ciudadana donde todos disfrutaban de igual destino pues lo importante era el estado en conjunto y no el individuo espartíata concreto y personalizado y, por tanto la legislación de Licurgo en referencia al tema del ceremonial funerario fue respetada en términos generales hasta el período helenístico, aunque hubo dos significativas excepciones: las exequias tributadas a muy determinados espartíatas, y el estructurado ritual que rodeaba la inhumación del monarca.

Algunos espartíatas al morir recibían unos honores fúnebres excepcionales, que suponían un cierto resquebrajamiento en el reglado sistema de vida espartano; a ello no accedía cualquier *homoioi*, sino que antes debía cumplir algún requisito que supusiese un prestigio o un beneficio para su ciudad: haber sido un héroe durante una campaña militar, un destacado ganador olímpico, o un importante legislador. Aún así, la norma siempre cumplida, con excepción de los reyes, fue el realizar el entierro en el lugar donde se había producido el hecho luctuoso; esto se generalizó pasada la segunda mitad del siglo VI a. C., cuando se descartó la tradición más antigua consistente en pronunciar una exhortación o dedicar un panégyrico a los guerreros muertos en el transcurso de una campaña militar, con la posterior conducción de su cadáver hasta Laconia⁴¹.

Así, la arqueología ha proporcionado el hallazgo de diversas tumbas posiblemente pertenecientes a espartíatas situadas en el exterior de lacedemonia; en Samos apareció la de Arquias, espartano cuyo *status social* debió ser muy alto⁴² y que al mantener

³⁷ Plut. *Lyc.* 27. 3.

³⁸ Plut. *Moralia* 238 D.

³⁹ Cf., *IG*. V.1 699-719. M. B. Wallace, "Notes on early Greek Grave Epigrams", *Phoenix* 24, 1970, 99 y 100.

⁴⁰ Th. 1. 6. 4.

⁴¹ Plut. *Moralia* 235 A y 241 F. Tirteo, en diversos momentos de su obra, alaba la valentía de los guerreros espartanos caídos en el transcurso de las dos guerras que los enfrentaron con Mesenia. En alguno de los poemas creo que es apreciable un intento de heroización de estos soldados muertos. Cf. Tyrt. 8 D y 9 D.

⁴² Esto parece desprenderse de la lectura de Píndaro *O.* 6.28 y Plutarco, *Moralia* 601 B. Además, también sabemos que era originario de la villa de Pitana, territorio de procedencia de la familia real Agiada, y en donde tenían situadas sus tumbas. Cf., Hdt. 3. 55.

unos fuertes lazos de amistad con la aristocracia samia fue enviado a la isla en misión diplomática; murió heroicamente en Samos durante los sucesos acaecidos en 524⁴³, por lo que se le tributaron unos espectaculares funerales públicos y se le erigió un monumento costeadado por toda la población libre de Samos⁴⁴. Asimismo, en el ateniense cerámico se encuentran situadas diversas sepulturas de soldados espartanos muertos durante su estancia en la ciudad de Atenas en 404⁴⁵. Finalmente, entre los hallazgos de tumbas está la estéticamente pobre sepultura de Hipocles en Tespia⁴⁶.

También la epigrafía, aunque igualmente escasa, nos muestra dedicaciones por medio de diversas inscripciones e incluso relieves de personajes de existencia real que tuvieron acceso a que se le tributase un culto de tipo heroico; así, esta podía ser la mejor manera de perpetuar el recuerdo de muy distintos espartiatas que ejercieron una importante influencia dentro de la vida del Estado como ocurrió con el éforo Quilón⁴⁷, cuya inscripción pudo haberse compuesto alrededor del 525 a.C. Además, hubo otro tipo de héroes que daban prestigio a Esparta, por lo que para mantenerles y perpetuarles en el recuerdo se les erigió una estela; este fue el caso de Evágoras, a finales del siglo VI a. C., vencedor en tres olimpiadas consecutivas con su conjunto

⁴³ La expedición a Samos es descrita en Hdt. 3. 34, Polyaen. 1. 23 y Plut. *Moralia* 856-860.

⁴⁴ El monumento es mencionado en Plut. *Moralia* 860 D; cf., P. A. Cartledge, "Sparta y Samos: A special relationship?", *CQ* 32, 1982, 250-251.

⁴⁵ En el año 404 a. C. se produjo en el Pireo un enfrentamiento entre el ejército de ocupación lacedemonio y los demócratas atenienses, que terminó con la muerte de los dos polemárcos y de otros ciudadanos espartanos; a causa de este combate, el rey Pausanias entró en secretas negociaciones con la oposición de la ciudad en un último intento de obtener la reconciliación. El resultado de las conversaciones fue favorable y como consecuencia de ellas se permitió a la oposición instalarse en Atenas. En agradecimiento, los atenienses erigieron en el cementerio del Cerámico unas tumbas a los espartiatas muertos, que por calidad y suntuosidad no se parecían en nada a las que estaban acostumbrados a tener en su propia ciudad.

Las tumbas se encontraban, por tanto, en el exterior de la urbe. En las sepulturas fueron enterrados doce cadáveres, de forma extendida, con la cabeza recostada sobre una especie de *almohada* de piedra y en las calles donde estaban depositados los lacedemonios se señaló este hecho. Efectivamente, los ritos funerarios faltaban a las costumbres impuestas por Licurgo, pero la ceremonia fue realizada por los atenienses. Las tumbas, también fueron originariamente marcadas con una inscripción realizada sobre un bloque de mármol de doce metros de largo por tres de ancho. Es cierto que muchas de las estelas y bloques se encuentran en la actualidad perdidos, pero los nombres de los polemárcos citados por Jenofonte (*Hel.* 2. 4. 33): Querón y Tibracó, se nos han conservado, lo que igualmente constituye una excepcionalidad; cf., Paus. 2. 4. 43. Véase para un estudio más completo, L. Van Hook, "On the Lacedaemonians buried in the Kerameikos", *AJA* 36, 1932, 290; G. Karo, *An Attic Cemetery*. Filadelfia, 1943. 25-26; F. Willemsen, "Zu den Lakedaemoniergräbern im Kerameikos", *AM* 92, 1977, 117-157; P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1979, 270-271.

⁴⁶ IG VII 1904.

⁴⁷ IG V, 1, 244 / ♂ / ἰλὼν.

de yeguas⁴⁸, o el de Damanón y su hijo, cuyas victorias olímpicas fueron perpetuadas en una inscripción datada en el tercer cuarto del siglo V⁴⁹. Originariamente fue situada en el santuario de Atenea, en la acrópolis de Esparta; en la misma se recordaban sus diversas victorias, como las treinta que había protagonizado en las carreras de caballo durante diversos festivales celebrados en territorio laconio, o aquellas otras obtenidas en algunas de las ciudades periecas como Foidasa, Helas, Atenea y Ariontia, pero también figuraban las cosechadas en el exterior como eran las de Eleusis, Litesia cerca de Calpe y la de Farporina en la Tireátide⁵⁰.

Los autores clásicos, asimismo, hicieron diversas referencias en sus obras a muy determinadas excepciones. Entre las que más sobresalen se encontraba, por ejemplo, la sepultura de Aquimales en el distrito de Alopeque, en el Atica⁵¹, o algunas tumbas existentes en Beocia⁵². Una brillante excepción a la regla sobre los honores vigente entre los espartiatas, narrada de forma magistral por Tucídides⁵³, fue la inhumación de Lica, a quien los milesios no permitieron que los lacedemonios diesen entierro donde estos deseaban, como era la norma, sino que ellos mismos se ocuparon de honrarle convenientemente. No obstante, de todos estos testimonio literarios no existe una constatación arqueológica, pero son sintomáticos de un comportamiento que en determinadas ocasiones se producía y, que marcaba una evidente diferencia con el resto de los ciudadanos, diferencia no tanto asociada a aspectos económicos cuanto relacionada con una virtud moral.

Igualmente, se conocen dos ejemplos sumamente destacados y excepcionales de la falta de cumplimiento de lo legislado: las honras fúnebres tributadas a Brásidas, y el entierro de Lisandro. Ambas ceremonias sobrepasaron la consideración de simples ritos fúnebres dedicados a mortales, para convertirse en una exaltación del héroe, próxima a la divinización.

Brásidas fue honrado con un esplendoroso funeral y posterior inhumación en Anfípolis, donde murió en 422 a. C.; sus exequias superaron, incluso, las que en su época se tributaron al οίκιστής Hagnón. En el mismo participaron todos los aliados y la población de la ciudad con sus armas. En contra de la costumbre griega, recibió sepultura en el interior de los muros de Anfípolis para que de esta manera pudiese ejercer y extender su acción protectora y benefactora sobre toda la *polis*,

⁴⁸ Hdt. 6. 103. 4.

⁴⁹ S. Hodkinson, *op. cit.*, 260.

⁵⁰ L. H. Jeffery, *The Local Scripts of Archaic Greece a Study of the Origin of the Greek Alphabet and its Development from the Eighth to the Fifth Centuries B.C.*, Oxford 1961, 196.

⁵¹ Hdt. 5. 63. 4.

⁵² Plut. *Ages.* 31. 8; *Moralia* 233 C.

⁵³ Th. 8. 84. 5.

instituyéndosele cultos y juegos anuales que se celebraron durante bastante tiempo⁵⁴.

Lisandro, al morir en Haliarto quebró, por primera vez desde 550⁵⁵, la norma general de recibir sepultura en el territorio donde se producía el óbito; fue transportado al exterior de Beocia por sus amigos y enterrado en una zona cercana a la ciudad de los panopeos, aliados de Esparta⁵⁶. Puede pensarse que este hecho fue debido a las maquinaciones de sus compañeros que deseaban que el exnavarca fuese enterrado de acuerdo con sus aspiraciones reales⁵⁷ para de esta forma establecer una diferenciación con respecto al resto de espartiatas y, con la posibilidad, no excesivamente extraña, de que hubiese sido heroizado en vida en las regiones más orientales de los dominios espartanos como Tarsos o en algunas otras localidades de la costa jónica. No obstante, por su especial relación con la isla de Samos fue aquí donde se le tributaron honores divinos, se le construyó un altar, se le efectuaron sacrificios y más significativamente, se le instituyó un festival denominado *Lisandrea* (Plut. *Lys.* 18. 4-6 FGH 76 F 71).

Los ritos funerarios de los monarcas en sus características básicas fueron los comunes a todas las sociedades griegas⁵⁸, aunque con las peculiaridades propias de la cultura y sociedad espartana, a las que se añadían ciertas influencias externas a la Hélade, que terminaron por conformar y consolidar esta celebración.

La ceremonia fúnebre se dividía en tres partes siempre seguidas, sin que sufriese modificación con el transcurso del tiempo: πρόθεσις o velatorio, a continuación el cortejo fúnebre -ἐκφορά-, que conducía al monarca difunto hasta su tumba, y finalmente la deposición del cadáver en la misma, en medio de los sacrificios y lamentaciones rituales. Por tanto, por lo que se observa en la documentación que consevamos, el ceremonial de los monarcas lacedemonios era

⁵⁴ Th. 5. 11. 1. Sobre el culto tributado al *oikistés* véase, I. Malkin, *Religion and Colonization in the Ancient Greece*, Leiden 1987, 261-266.

⁵⁵ En este año tuvo lugar la llamada *batalla de los campeones*, que enfrentó en Tirea a Argos contra Esparta.

⁵⁶ Plut. *Lys.* 29. En contra de esta opinión se manifiesta Pausanias 9. 33. 1.

⁵⁷ Además, tenemos que recordar las posibles intenciones de Lisandro de perpetrar un golpe de estado para derrocar el sistema constitucional vigente, transformar la monarquía y proclamarse rey de los lacedemonios. Arist. *Pol.* 1301 b., 1306 b; Plut. *Lys.* 24-25; D.S. 13. 2 y 13. 8. No obstante, es sorprendente que las intrigas de Lisandro pudieran permanecer ocultas hasta el punto de que nadie supiese de ellas hasta la muerte del exnavarca; tenemos que suponer que mucho de lo que sabemos por Plutarco y Diodoro fueron difamaciones efectuadas por los enemigos de Lisandro. No obstante, creo que seguramente no todo el asunto es una pura invención de los autores clásicos especialmente porque, sin duda, la fuente principal había sido Eforo, próximo cronológicamente a los acontecimientos. Cf., R. Smith, "Lysander and the Spartan Empire", *CPh.* 43, 1948, 148, Ch. D. Hamilton, *Agessilaus and the failure of Spartan Hegemony*. Cornell University Press. Ithaca y Londres 1991, 25, y mi comentario al libro de Hamilton en *Gerión* 11, 1993 (en prensa).

⁵⁸ Cf., Th. 2. 4. 5; Plut. *Solón* 12, en donde se habla de las manifestaciones prohibidas en Esparta por su carácter bárbaro. El luto, con restricciones, sólo se permitía en Esparta en el exclusivo caso de muerte del rey, Plut. *Lyc.* 27, *Moralia* 238 D. Conviene fijarse bien en lo señalado en Hom. *Il.* 18. 23.

meticuloso y rígido, y no sufrió modificaciones apreciables hasta época helenística; además, la *translatio* del cadáver del rey generalmente no se vio alterada, pues siempre siguió el mismo itinerario, que transitaba desde una posible ágora que se utilizaba para el velatorio, o lo que era más probable, desde su casa particular hasta la tumba.

Al producirse el fallecimiento del monarca, o llegar a la ciudad la información de que este hecho había tenido lugar en el extranjero, se enviaban diversos jinetes para que propagasen la luctuosa noticia con la finalidad de que se acudiese a la ciudad para rendir un último homenaje al que había sido conductor de los destinos del Estado; la extensión informativa que abarcaban estos emisarios no se circunscribía exclusivamente al territorio físico de Laconia, sino también se incluía toda aquella zona que dependiese administrativamente de Esparta o fuese aliado suyo. Llama la atención que con ocasión de la muerte de los reyes rigiesen normas sobre la asistencia a los funerales similares a las que existían en otros pueblos del norte de Grecia, o del Oriente Próximo: escitas, tracios, babilonios o persas. Así, se pretendía que el homenaje al monarca desaparecido, no sólo fuese tributado por parte de la población residente en la ciudad, sino también por toda aquella otra que vivía en los diversos territorios de influencia lacedemonia. Por tanto, el fúnebre acontecimiento era comunicado tanto a los espartiatas como a los periecos, pues todas las familias tenían la obligación de aportar dos plañideras, uno varón y otra mujer, para que asistiesen a los funerales en Esparta bajo pena, si no se cumplía con este deber cívico, de multas extremadamente duras, aunque sin datos para cuantificarla⁵⁹. De esta forma, cada núcleo familiar debía encontrarse representado en las ceremonias del entierro; no obstante, de entre los periecos e hilotas, pues asimismo estos últimos tenían la obligación de asistir, sólo acudían un determinado número como símbolo de todo el conjunto de la comunidad, al no poder dejar las labores y ocupaciones diarias que eran esenciales para el buen funcionamiento del estado.

La costumbre de asistir toda la población a las honras fúnebres de su monarca no parece originaria de Grecia; posee ciertas connotaciones no helénicas que la acercaban más a un aspecto consuetudinario oriental, en donde era norma la asistencia de toda la población al entierro de su guía político⁶⁰. En cambio, esto era totalmente desconocido en el resto de las ciudades griegas en donde sólo podía acudir junto a familiares y amigos, la parte de la población que tenía la consideración de ciudadanos y muy raramente, como ocurría por ejemplo en Atenas y Beocia, representantes de los grupos dependientes⁶¹.

Los hilotas eran obligados, teóricamente, a presenciar estas ceremonias aunque en la realidad todo el conjunto de la población servil era representada sólo por una de las familias que trabajaba en los dominios del difunto rey, quizá junto a una pareja

⁵⁹ R. Garland, *op. cit.*, 1989, 13-14.

⁶⁰ Para los persas ver Hdt. 6. 59; para los escitas Hdt. 4. 71.

⁶¹ Cf., S. C. Humphreys, *The family, Women and death: Comparative studies*, Londres 1983, 86.

perteneciente a otro κλῆρος⁶², aunque, no obstante por ejemplo, tenemos la certeza de que en época de Tirteo⁶³ exclusivamente tenían la posibilidad de llorar al amo del κλῆρος al que estaban sujetos⁶⁴. Además, después de la guerra que conquistó Mesenia⁶⁵, los mesenios también fueron obligados, sin tener la menor posibilidad de negarse, a estar presentes en los funerales reales vestidos de color negro; esta asistencia forzada no estaba sólo reservada para el momento de las exequias del monarca sino que, igualmente, abarcaba a otros dignatarios espartanos, como ocurrió con la ceremonia fúnebre de Lisandro. Debemos entender esta presencia de mesenios como símbolo del sometimiento de sus tierras a la voluntad de los lacedemonios; no podían excusar la asistencia al haber un interés muy especial por parte de las autoridades lacedemonias en que acudiesen⁶⁶.

Al mismo tiempo que eran enviados los jinetes a propagar la noticia por toda Laconia, en Esparta las mujeres casadas -γυναικῆς-, así como las madres, hijas y hermanas de espartiatas, se encaminaban hacia el centro de la ciudad hasta rodearlo, al tiempo que golpeaban ruidosamente los calderos -λέβητις- de bronce que portaban⁶⁷.

Tres o cuatro días después de la muerte del rey, su fallecimiento era comunicado oficialmente a la Asamblea, compuesta por los hombres y mujeres espartiatas, y por los periecos e hilotas que por derecho tenían que acudir a las honras fúnebres. A su vez, se desarrollaban los πρόθεσις, con el cuerpo del monarca expuesto para el público homenaje sobre un catafalco ricamente decorado -*kline estromene*-; ante el

⁶² Paus. 3. 3. 5.

⁶³ Cf., Paus. 4. 4. 15.

⁶⁴ Los hilotas no participaban activamente en ninguno de los festivales espartanos, a diferencia de los periecos que si poseían sus propios eventos, festivales, competiciones, ceremonias y oráculos. Además, las divinidades que dominaban la religión espartana como Artemis, los Dióscuros, Poseidón, y sobre todo Apolo eran, igualmente, predominantes no sólo entre los espartiatas sino también entre los periecos, pero nunca fueron divinidades asociadas a los hilotas. Asimismo, las clases dependientes tomaban parte en los ritos funerarios sólo ocasionalmente, y no como protagonistas directos; asimismo, cabe pensar con visos de realidad que exclusivamente los periecos, entre la población dependiente, eran admitidos en los *promacheis*, consistente en un festival en donde se expresaba gratitud por su colaboración y contribución al ejército espartano, como son los ejemplos de las Termópilas (D. S. 11. 4. 2-5, Isoc. 4. 80), o Platea. Cf., R. Parker, "Sparta Religion". En *Classical Sparta: Techniques behind her Success*, A. Powell (Ed.), Londres 1989, 145-146. En cambio, no tenemos noticias sobre cual sería la posición en los funerales Reales de los lacedemonios que hubiesen perdido sus derechos civiles y políticos.

⁶⁵ Para la guerra de Mesenia, puede consultarse: L. R. Shero, "Aristomenes the Messenian". *TAPA* 69, 1938, 504 y 511; F. Kiechle, *Messenische Studien*, Kallrueh 1959, 65 ss.; W. G. Forrest, "The Date of the Lykourgan Reform in Sparta, *Phoenix* 17, 1963, 166. En fuentes específicas se pueden ver: Eforo, FGH 70 F 216 y Apolodoro, FGH 244 F 334.

⁶⁶ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 337.

⁶⁷ Hdt. 6. 58. 1, 6. 58. 3. P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 342.

mismo, desfilaban todos los individuos presente en la ciudad⁶⁸. Se desconoce, por falta de documentación, el recinto donde se realizaba el velatorio; no se sabe si este se producía en la propia casa privada del rey, en Esparta no existía palacio real, o si había una construcción pública, como teatro o ágora, que estuviese destinado a este cometido⁶⁹.

También es posible, aunque igualmente escasean las noticias, que paralelamente se desarrollase un culto privado al monarca, reservado exclusivamente a los familiares y amigos íntimos o compañeros de milicia, al igual que el tributado en el resto de Grecia a los hombres públicos a partir del siglo VI a. C.⁷⁰. Tampoco conocemos si se desarrollaría con anterioridad o posterioridad al homenaje público.

Pasados los días de este homenaje, no es posible precisar el número empleado para tal finalidad, venía la ἐκφορά o procesión del cadáver del rey desde el recinto de los πρόθεσις hasta la sepultura. En el supuesto caso de que muriese en el extranjero, por ejemplo durante una campaña militar los espartanos, momentaneamente, rendían pleitesía a una imagen -εἶδωλον- del monarca desaparecido, que claramente constituía un sustituto del cuerpo no presente⁷¹. Lo ocurrido con Leónidas es paradigmático de lo expuesto, además de ser prácticamente, junto al de Agesilao⁷², las únicas noticias completas que tenemos sobre la presencia de un εἶδωλον como figura sustitutoria. El defensor de las Termópilas murió heroicamente en el transcurso de la confrontación, y después de haber sido salvajemente mutilado su cadáver por orden de Jerjes "como premio a su reistencia"⁷³, fue enterrado allí mismo. Por ello, la ciudad, que le aceptó casi como un héroe panhelénico, celebro sus honras fúnebres

⁶⁸ Hdt. 6. 58. 2.

⁶⁹ En los funerales aristocráticos de la época heroica, los πρόθεσις se realizaban por tribus y no de forma individualizada, aunque la familia tenía el derecho de presentar ofrendas a sus muertos. En Atenas, estos velatorios podían celebrarse en una plaza pública, pero ya desde el siglo VI las mujeres tuvieron restringidas su participación, no sólo en los πρόθεσις, sino también en el cortejo que venía a continuación; únicamente eran utilizadas para que expresasen sus sentimientos mediante el llanto. En el siglo V tampoco podían expresar libremente sus sentimientos aunque esta norma, con el tiempo sufrió un cierto relajamiento. Cf., N. Loraux, "Mourir devant Troie, tombe pour Athens: De la Gloire du Heros a l'Idée de la Cite", en *Le mort dans les sociétés anciennes*, G. Nali & J. P. Vernant (Eds.), Cambridge 1968. 28; S. C. Humphery *op. cit.*, 1983, 86.

⁷⁰ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 333.

⁷¹ Esta figura ocupaba el lugar del cadáver en el supuesto de que, al morir el rey fuera de Laconia, no hubiese podido ser trasladado a la ciudad. Una situación que conocemos bastante bien es la de Leónidas, cuyo cadáver no pudo ser recuperado de las Termópilas hasta unos cuarenta años después de su muerte (cf., Hdt. 7. 238 y Plut. *Agis* 21). Cuando el óbito tenía lugar a bastante distancia geográfica de Laconia, el cuerpo del difunto rey era conservado en cera o miel, y trasladado con rapidez a Esparta antes de que comenzara el proceso de descomposición; nuestro conocimiento de este hecho lo podemos personalizar en Agesópolis (cf., X. *Hel.* 5. 3. 19), y Agesilao (cf., Plut. *Ages.* 40), pero sería normal en todos los monarcas que muriesen fuera de su ciudad.

⁷² Plut. *Ages.* 40.

⁷³ Cf., Hdt. 7. 225. 1 y 7. 238. 1.

con la representación estatuaria del monarca. Posiblemente, el εἶδωλον sería en una esfinge a tamaño natural con un parecido próximo al del rey desaparecido, descartándose que fuese un simple muñeco o la representación de su rostro. Esto hacía a la figura escapar, en gran medida, del mero retrato prohibido por la legislación de Licurgo, a pesar de que el regente Pausanias, excepcionalmente, lo llegó a tener⁷⁴. Cuarenta años después, sobre el 440, los espartanos recuperaron el cuerpo de Leónidas y fue enterrado por segunda vez en un mausoleo dispuesto para tal finalidad en Esparta, ahora más que como un rey, como un héroe al que, incluso, se le instituyó un culto sobre su propio túmulo y unos juegos atléticos de periodicidad anual⁷⁵. Además, es sintomático y significativo que estas conmemoraciones atléticas se celebrasen en honor de dos líderes de la lucha del mundo griego contra los bárbaros persas: Leónidas, el triunfador moral de las Termópilas, y el regente Pausanias, vencedor en Platea, que también tuvo sus juegos no obstante las circunstancias que rodearon su muerte y posterior sepultura.

Así, el segundo entierro, se convertía en las auténticas exequias fúnebres, al rendirse ya los oportunos homenajes públicos sobre el cuerpo físico del rey; la ceremonia ante el εἶδωλον poseía sólo la simbología de dar sepultura provisionalmente a un monarca muerto en el extranjero, es decir, lo sustituía pero nunca lo reemplazaba. Incluso, es posible que para los lacedemonios no tuviese el mismo efecto protector una imagen, por muy semejante que fuese, a la propia presencia del cadáver real en la ciudad; esto acaso pudiera explicar, a parte de motivaciones higiénicas, la rapidez con la que siempre se efectuó el traslado desde el lugar donde se había producido el óbito hasta Laconia.

Por tanto, el εἶδωλον era utilizado como sustituto de todos los monarcas con poder o gobierno efectivo y no con los desterrados o depuestos⁷⁶, fallecidos en el exterior de lacedemonia. El ceremonial funerario se aplicaba también sin restricciones sobre su figura sustitutiva por la necesidad inmediata, en Grecia, de enterrar a los muertos⁷⁷, propiciado no sólo por las mencionadas razones higiénicas, sino también

⁷⁴ El regente Pausanias por vencer a los persas (479 a.C.) hizo escribir su propio nombre en un trípode que ofreció en Delfos. Ver, Th. 1. 132. 2.

⁷⁵ Paus. 3. 14. 1. Ver Connor que aborda la problemática, no sin razón, desde una posición demasiada escéptica. W. R. Connor, "Pausanias 3. 14. 1: A sidelight on Spartan History, C. 440 B.C.?", *TAPA* 109, 1979, 21-27. Además, deberíamos añadir en el desarrollo de este segundo entierro un fuerte componente ideológico, necesario para que la familia Agiada, desprestigiada tras los sucesivos escabrosos asuntos del regente Pausanias, Plistarco y Plistomacte, recuperase su posición, prestigio e influencia en la sociedad lacedemonia.

⁷⁶ No sabemos que ocurrió con algunos monarcas depuestos o desterrados como Demarato (489 a. C.), Leotíquidas (469 a.C.), Pausanias (395 a.C.)...

⁷⁷ R. Parker, *op. cit.*, 1989, 150. Además, en las ciudades antiguas no se permitía el entierro dentro del recinto que conformaba el casco urbano de la ciudad para que no fuese contaminada por impurezas. En algunas localidades, también el hecho de nacer era considerado un acto impuro por lo que, asimismo, se evitaba que se produjese dentro de los muros de la polis. En ambas situaciones Esparta constituyó una excepción; Plut. *Moralia* 238 D.

por la lentitud de los viajes. Por ello, los espartanos serían los únicos en la Península Helénica, durante la época clásica, que practicaron el doble ritual fúnebre, aunque la máxima importancia ritual y simbólica era depositada en el segundo.

El caso de que el fallecimiento hubiese tenido lugar en las cercanías de la frontera de Laconia, se esperaba a que el cuerpo del rey arribase a la ciudad; esto aconteció con Agesípolis, Cleómbroto I y Agis II. En cambio, si el suceso ocurría en un territorio lejano, las exequias no eran paralizadas, se verificaban sobre la figura representativa del monarca, pero no por ello se renunciaba a un segundo entierro al llegar el cuerpo a la ciudad, como ocurrió, con alguna modificación ritual, en el caso de Agesilao II.

Durante el recorrido del cortejo fúnebre, que transitaba desde el recinto donde se habían realizado los *πρόθεσις* hasta la sepultura, estaban prohibidas cualquier manifestación de dolor público como llorar, golpearse el cuerpo, así como la ostentación de riquezas que marcaran las diferencias entre unos ciudadanos y otros⁷⁸. El séquito sólo se debía limitar a acompañar el cadáver del rey hasta el lugar de entierro.

La tumba del monarca, en teoría, podía encontrarse en el interior de la ciudad, lo que, asimismo, establecía una notable diferencia con el resto de Grecia, en donde se obligaba, al igual que en Roma, a que los cementerios estuviesen situados en el exterior de los muros que circundaban las *poleis*; además esta posibilidad de la sepultura intraurbana también se hizo extensible a los jóvenes muertos en el transcurso de un batalla⁷⁹. Aun así, el entierro no se efectuaba estrictamente en Esparta dentro de las murallas de la ciudad, pues estas no fueron construidas hasta época de Nabis a fines del siglo III, ya en el período helenístico, para hacer frente a la alianza antiespartana y a los romanos. No obstante, y aquí se establece la peculiaridad, los monumentos sepulcrales se situaban, o en medio de núcleos habitacionales, o a escasa distancia de los mismos.

Las necrópolis de ambas dinastías se encontraban situadas en territorios diferentes, en los que por tradición se consideraba los de procedían de cada una de las familias

⁷⁸ Este hecho no era exclusivo de Esparta, aunque posiblemente si seguirían unas costumbres más rígidas. Indudablemente, también se producían en Atenas, en donde, se ha podido detectar con seguridad una tendencia muy extendida ya entre las ciudades arcaicas griegas durante los siglos VII y VI a. C. consistía en la existencia de una legislación, no necesariamente con efectos sucesorios, que reprimía las extravagancias en los costes de las ceremonias funerarias; asimismo, puede ser documentado en época clásica, e incluso con posterioridad. Las motivaciones de esta legislación puede buscarse en tres conceptos: la restricción del abuso de la muerte durante la vida y dentro de la comunidad para permitir el reforzamiento, en un principio, de la naciente autoridad central de las *poleis*, pero con posterioridad se mantuvieron por tradición, además de intentar reducir las amenazas sobre el orden público que podía significar las histerias colectivas generalizadas por parte de las mujeres en los prolongados funerales. A su vez, la legislación fue encaminada contra los ricos representados por el poder que ostentaban las viejas familias aristocráticas. Cf., D. M. MacDowell, *Spartan Law*, Edimburgo 1986, 120-122, Plut. *Lyc.* 27. Específicamente para Atenas, S. C. Humphrey, *op. cit.*, 88-91 y R. Garland, *op. cit.*, 1989, 3-7.

⁷⁹ Cf., S. C. Humphrey, *op. cit.*, 1989, 87.

Reales: los Agiadas de Pitana⁸⁰ y los Euripóntidas en Limna⁸¹. De esta forma, los reyes desaparecidos como monarcas lacedemonios, no los exiliados o desterrados que perdían este derecho, eran inhumados en sus respectivas *aldeas* de origen. Una de las escasas excepciones documentadas a esta regla general, fue la del regente Pausanias, que no recibió sepultura, por decisión de los éforos, en Pitana. Primeramente, se le enterró en las cercanías de donde encontró la muerte, aunque, incluso, se había pensado depositarlo en el cementerio de Carada que era el destinado a traidores y ladrones; posteriormente, un oráculo délfico hizo que se le diese definitiva sepultura en las proximidades del importante y destacado santuario de Atenea Calcioco, en la Acrópolis de Esparta⁸². O el caso de Leónidas, que como héroe nacional tuvo como tumba un impresionante conjunto monumental⁸³.

Cercano a las necrópolis reales, normalmente se situaba un templo que ejercía una acción protectora sobre todo el territorio. Así, en el caso de los Agiadas, próximo a los diversos mausoleos estaba situada una estatua de Hércules ante la que se realizaban sacrificios anuales y, junto a la que se encontraba la casa que por tradición se consideraba que había habitado Menelao⁸⁴; igualmente, los Euripóntidas tenían en las cercanías el templo de Artemis⁸⁵; e incluso, los túmulos de algunos héroes espartiatas caídos en la defensa de las Termópilas, fueron colocados inmediatamente seguidos de los santuarios dedicados a sus camaradas Marón y Alfeo⁸⁶.

La deposición del cuerpo real sobre su tumba iba acompañado de ricas ofrendas y sacrificios de jabalíes y caballos, animales destinados, precisamente, para esta finalidad, como parece desprenderse de las excavaciones en diferentes túmulos pertenecientes a personajes destacados de la vida ciudadana y que por extensión, podría también abarcar a los reyes⁸⁷; por tanto, el túmulo se encontraba rodeado de un culto al jabalí y al caballo⁸⁸. La popularidad de la caza del jabalí está demostrado por la arqueología, por las representaciones pictóricas de las cerámicas y por la aparición de figuras de terracota, lo que permitió a los artistas laconios adoptar la costumbre de plasmar en sus productos, durante los siglos VII a.C. y VI a.C., estas manifestaciones de culto. Restos de este animal han aparecido sobre los montículos

⁸⁰ Paus. 3. 14. 2.

⁸¹ Paus. 3. 12. 8.

⁸² Th. 1. 134. 2.

⁸³ Paus. 3. 14. 1.

⁸⁴ Paus. 3. 14. 6.

⁸⁵ Paus. 3. 12. 8.

⁸⁶ Paus. 3. 12. 9.

⁸⁷ Alcmán 1. 51, 1. 59 Page. C. Christou, "Archaic graves in Sparta and a Laconian Funeral Figured Relief Amphora", *AD* 19a, 1964, 128.

⁸⁸ Alcmán, fragm. 7 Page.

de las sepulturas con una datación que se aproxima hacia fines de la séptima centuria⁸⁹.

Los caballos ocupaban una posición muy especial dentro de la vida de la población de laconia; pequeñas representaciones del mismo fueron realizadas por los artesanos lacedemonios y dedicadas como ofrendas votivas en diversos santuarios espartanos⁹⁰. Igualmente, el poeta Alcman menciona en su obra la importancia del caballo; así, hace referencia en sus versos a la existencia de dos tipos: los que simplemente se utilizaban en las labores del campo, y aquellos otros que tenían la condición de pura raza. Los primeros eran los destinados al sacrificio sobre las tumbas, los segundos eran prerrogativa exclusiva de la aristocracia ciudadana. Los caballos destinados a la función sacrificial tuvieron extensos pastos y territorios en donde el agua no escasease, lo que propició su crianza en las tierras más ricas de Laconia y Mesenia⁹¹. Como ocurría con los jabalíes, huesos y restos han aparecido sobre las llamadas "*tumbas de calidad*", cubriendo toda el área que abarcaba la tierra depositada encima del cadáver. Pocas sepulturas de cierta importancia, datadas en época arcaica y clásica han sido descubiertas en Esparta, entre las que no se encuentran, desgraciadamente, ninguna perteneciente a los reyes espartanos; esto permite especular sobre sus características. Por tanto, en un término estrictamente comparativo un túmulo podía haber suministrado un conjunto apropiado como monumento funerario para los diversos monarcas lacedemonios lo que, asimismo, conectaban sus características arquitectónicas con ciertas peculiaridades de algunas necrópolis orientales, cuando prácticamente esta tipología de tumba se había abandonado en el resto de Grecia a partir de época arcaica⁹².

No tenemos, pues, una evidencia positiva de las características del entierro empleado con los reyes; no sabemos, ciertamente, si se utilizaba la inhumación o la incineración, o en que consistía la estructura del posible contenido material del túmulo funerario. Posiblemente, por diferentes motivos, la inhumación fue el rito más apropiado para dar sepultura a los monarcas espartanos, a pesar de que ambos

⁸⁹ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1979, 184.

⁹⁰ P. M. Faser, "Archaeology in Greece: Sparta", *AR* 17, 1970-1971, 14.

⁹¹ Por ello no es de extrañar que durante la época helenística se enviase caballos de Mesenia a Alejandría. *Cf.*, Plut. *Cleom.* 35. 3.

⁹² Sobre los aspectos y características arqueológicas de estos túmulos puede verse, C. Christou, *op. cit.*, 130 y P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 340. Para las conexiones con el ritual y los túmulos homéricos ha de consultarse, Dennis D. Hughes, *Human Sacrificies in Ancient Greece*, Londres 1991, 49 ss y 65 ss.; J. N. Bremmer, "Heroes, Ritualsand the Trojan War", *SSR* 2.1, 1978, 24 y J. N. Bremmer, "Scapegoat Rituals in Ancient Greece", *HSCP* 87, 1983, 299-320. Para las vinculaciones orientales de los funerales de monarcas lacedemonios, con los escasos datos que tenemos, se puede considerar que había un hilo de unión, *cf.*, S. Hornblower, *Mausolus*, Oxford 1982, 171-174, en donde se expresa la hipótesis de que Mausolo influyó sobre su camarada y amigo Agesilao para que este adoptase en los últimos años de su vida el ritual personal de que estaba investido el rey de Caria, e incluso esto condujo a que al morir el monarca lacedemonio se le tributasen unos funerales en donde son apreciables unas con destacadas connotaciones orientales.

sistemas llegaron a convivir paralelamente entre la población lacedemonia; dentro de la vieja tradición griega, acaparaba mayor importancia la deposición del cadáver, que se había mantenido constantemente en Laconia desde el Heládico Medio, mientras que la cremación, como uso funerario amplio, sólo tuvo una vigencia de aproximadamente doscientos años, y a pesar de mantenerse todavía durante época arcaica, su utilización fue más restringida por parte de los máximos dignatarios del Estado⁹³. Además, la inhumación permitía mantener el cuerpo del rey intacto, incluso embalsamarle, lo que facilitaba su sepultura con toda la parafernalia propia del representante de la más alta institución del estado, permitiendo el culto simbólico que recibía después de su muerte, como si continuase ejerciendo un poder benefactor sobre la ciudad, lo que le acercaba más, no al resto de los griegos, sino a la época micénica y a los monarcas orientales como los babilonios o los persas⁹⁴.

Así, a la hora de la muerte, también se les equiparaba con los héroes; de estos se recuperaban los huesos, no las cenizas, de sus primitivas tumbas para ser posteriormente enterrados mediante un claro rito de inhumación en la ciudad donde habían sido heroizados o en la urbe en donde poseían la consideración de protectores. Este ritual permitía el culto a sus restos y la construcción de un túmulo que señalizase a la posteridad el lugar de sepultura y reunión de todos los ciudadanos para la celebración de fiestas o juegos. Incluso, las fuentes al hacer referencias a la ceremonia celebrada ante el εἶδολον, señalan que este era enterrado en lugar del rey -por tanto, adquiriría las características de una figura sustitutiva-, pero, en cambio, nunca mencionan que previamente fuese incinerado⁹⁵.

Ante la falta de esas evidencias documentales, se pueden aplicar las existentes para el resto de los espartiatas, que a fin de cuentas, también eran *homoioi*. Por tanto, los monarcas serían inhumados envueltos en la túnica purpúrea que vestían los guerreros lacedemonios en combate -φοινικίς-⁹⁶ y su cuerpo era depositado sobre una simple cama hecha a base de hojas de olivo⁹⁷. Además, se podía distinguir dos categorías diversas de funerales: los tributados a los que habían muerto valientemente en el transcurso de una batalla, cuyos cuerpos llegaban a Esparta recubiertos de hojas de olivo, y aquellos otros, dedicados a personajes particularmente distinguidos, a los que se les efectuaba un suntuoso funeral y se les inhumaba con la capa púrpura⁹⁸. Estas

⁹³ P. A. Cartledge. *op. cit.*, 1987, 335.

⁹⁴ Dennis D. Hughes, *op. cit.* 64-65.

⁹⁵ Cf., X. *Hel.* 5. 3. 19 y Plut. *Ages.* 40.

⁹⁶ Arist. F 542 Rose; Cf., Ar. *Lys.* 1140 ss., X. *RL.* 11.3, aunque Platón opina que en Esparta el vestido de los muertos era de color blanco, Pl. *Leg.* 947 b.

⁹⁷ Cf., Plin. *NH* 35. 160, Eliano *VH* 6. 6, Arist. 542 Rose.

⁹⁸ En Atenas, la legislación de Solón estableció que el cadáver no podía ser recubierto con más de tres vestidos (Plut. *Solón* 21. 6). Limitaciones funerarias del mismo estilo fueron impuestas también en otras zonas de Grecia por Cécrope, Pítaco, Demetrio Falero (Cic. *Leg.* 2. 25. 63 ss) y Gerón de Siracusa (D. S. 11. 38. 2).

exequias daban la inmediata impresión a los contemporáneos del diverso tratamiento a que eran sometidos, a pesar de la teórica igualdad, la realeza y determinados personajes, con respecto al resto de los ciudadanos, e incluso, era posible percibir un cierto ambiente no helénico tanto en estas distinciones, como en las propias ceremonias⁹⁹.

Una vez concluidos los funerales reales, las reuniones públicas, las elecciones si las hubiese, actividades como el comercio, y todos aquellos actos públicos o militares que tuviesen previsto su celebración, quedaban suspendidos por un espacio de diez días, período de tiempo dedicado al luto oficial¹⁰⁰, que se aprovechaba para la purificación, tanto del ambiente, como del propio individuo, al ser considerada en Grecia la muerte como un acto impuro¹⁰¹. Posteriormente, se instituían unas conmemoraciones anuales dedicadas a cada uno de los reyes; se celebraban durante los días de las fiestas comunales¹⁰² aunque, también, cada una de las familias de los diversos dinastas podían pagar unos honores adicionales a los que se les tributaban por parte del estado. Asimismo, a los monarcas más destacados -por campañas militares, popularidad...- se les instituía unos juegos en los que sólo tenían derecho a participar los espartiatas y cuya celebración se producía el día en que se recordaba, bien la muerte del rey, como en los del regente Pausanias, bien la fecha del entierro, como en los de Leónidas¹⁰³; cabe señalar que esta última costumbre trajo a la memoria de Heródoto los certámenes atléticos tracios que, al igual que los lacedemonios, eran organizados en memoria del gobernante difunto¹⁰⁴.

Tenemos alguna documentación, no mucha, que permite establecer una cierta conexión o al menos similitud entre los ritos funerarios de los monarcas espartanos y las exequias tributadas a determinados reyes orientales, y que no guardaban ninguna relación con las ceremonias propiamente griegas. Así, cuando un rey moría en el extranjero -como ocurrió con Agesípolis muerto cerca de Delfos en 380, y Agesilao II fallecido en la costa egipcia en 360/359- el cuerpo era arreglado para su transporte a Laconia -de los escasos datos que poseemos sobre este tema, el único que no sufrió dicho proceso fue Arquídamo III, al ser abandonado su cadáver tras la batalla de Maduria (Magna Grecia)-¹⁰⁵; el requisito básico era que la persona estuviese en el

⁹⁹ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 335; *cf.*, Hdt. 4. 71. 1. y 5. 8.

¹⁰⁰ Hdt. 6. 58. 3. Asimismo, en Atenas el luto por un personaje destacado duraba un mes (*Lys. de caede eratosthenis* (1), 12 p. 93); en Gambreión, Misia, de tres para los hombres y cuatro para las mujeres (*Sylloge* 1219 *limn.* 10-14), y finalmente, en Roma el máximo era de diez meses (*Plut. Numa* 12. 10-16).

¹⁰¹ R. Garland, *op. cit.*, 1989, 13. Igual ocurría en algunas *poleis* griegas con respecto al nacimiento.

¹⁰² Hdt. 4. 26.

¹⁰³ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 335.

¹⁰⁴ Hdt. 5. 8.

¹⁰⁵ *Paus.* 3. 10. 5; *cf.*, *Plut. Agis* 3.

ejercicio del gobierno en el momento de producirse el óbito, es decir, los exiliados o desterrados, como Damarato y Leotíquidas II, no podían acogerse a este privilegio¹⁰⁶, ni ser inhumados en su ciudad de nacimiento -por ejemplo, el rey Pausanias, otro exiliado, lo fue en Tegea-, al haber perdido mediante su expulsión del trono la condición de representantes y descendientes de Heracles.

Para su transporte, el cadáver era embalsamado o depositado en sustancias conservantes, preferiblemente cera, pero en caso de carecerse de la misma, podía utilizarse como sustitutivo la miel¹⁰⁷. Heródoto conocía esta costumbre; a ella alude al mencionar que ambas sustancias eran de uso común en Oriente, lo que aproximaba, en opinión del autor de Halicarnaso, las exequias del monarca lacedemonio con ciertos rituales fúnebres orientales al no encontrarse dicha actitud muy extendida dentro de la cultura helénica. Así, la miel era usada entre los babilonios para recubrir todo el cadáver¹⁰⁸; en cambio, entre los persas y escitas era utilizada normalmente la miel, aunque estos últimos introducían algunas variantes que nunca tuvieron aplicación en Esparta, ya que estas consistían en abrir el vientre del monarca y limpiarlo, con diversos productos aromáticos, semillas de apio y eneldo, para coserle a continuación, lo que a su vez, recordaba ciertos aspectos del ritual egipcio¹⁰⁹. En general, el embalsamamiento no era desconocido en Grecia, pues ya Homero hace referencia a su utilización en los cadáveres de Héctor¹¹⁰ y de Aquiles¹¹¹, necesario por la larga exposición a que fueron sometidos pero, en cambio, no era una práctica habitual para conservar los cuerpos de los dignatarios fallecidos.

Cuando el cuerpo del monarca difunto llegaba a la ciudad, comenzaba la celebración del ritual funerario, tributándosele honores propios de un héroe. Paralelamente se disputaban competiciones atléticas, juegos o concursos con la participación exclusiva de espartiatas, en donde el ganador recibía los más importantes premios honoríficos que podían ser concedidos; si el rey había sido popular, o había efectuado una política benefactora para la ciudad, estas competiciones pasaban a tener un solemne carácter anual, conmemorando el día de la muerte del monarca sobre su propio túmulo o en las proximidades del mismo.

Sólo tenemos completa la descripción de las honras fúnebres que recibió Agesilao II, y parcialmente las de Leónidas I, el regente Pausanias, Agis II, Agesípolis y Cleombroto; a través de los mismos debemos extraer conclusiones que han de hacerse extensibles, forzosamente, al resto de los monarcas. Hay que tener en cuenta, principalmente, la práctica inmovilidad de la legislación espartana en esta materia,

¹⁰⁶ Arreglo del cadáver del monarca muerto: babilonios, Hdt. 1. 98; escitas, Hdt. 4. 71. 1.

¹⁰⁷ X. *Hel.* 5. 3. 4 para Agesípolis; para Agesilao, Plut. *Ages.* 40.4, Nep. *Ages.* 8.7, con un contenido distinto en D. S. 15. 95. 6.

¹⁰⁸ Hdt. 1. 98.

¹⁰⁹ Hdt. 1. 40. 2, 4. 71. 1.

¹¹⁰ Hom. *Il.* 24. 785-789.

¹¹¹ Hom. *Od.* 24. 63-65.

por lo menos hasta época helenística, y en el interés que la aristocracia mostraba en que la figura del rey tuviese siempre la misma consideración como medio de sustentar una institución prácticamente anacrónica en Grecia ya desde el siglo VI a.C. Las exequias de Agesilao fueron, no obstante, muy peculiares, al aunar en su persona popularidad y ser un benefactor de la ciudad a la que engrandeció prestigiosamente durante su reinado; hasta que su cadáver no entró en la ciudad, a petición suya no se celebró ninguna ceremonia fúnebre ante el εἰδωλον que le representaba, aunque sí fue confeccionado para cumplir con el ritual al considerar la necesidad de no dejar a la posteridad su retrato¹¹². Así, por una parte, los homenajes no fueron tributados ante una figura que representaba físicamente los rasgos de Agesilao, y por otra, sus compañeros presentes en Egipto, sabedores posiblemente de este hecho, se dieron la máxima prisa para que el cuerpo del rey llegase lo más rápidamente posible a Esparta. La situación narrada es atípica, aunque cierta. Una mala conciencia crítica puede hacernos pensar que no obró así como resultado de su carácter, sino para evitar que se perpetuase su pequeña estatura, su cuerpo desproporcionado y deforme, que difícilmente podrían representar el estilo de majestad al uso, en un momento en que la escultura producida en Grecia era totalmente representativa de la persona retratada; por tanto, pretendía proyectar una imagen que permaneciese como quintaesencia del buen ciudadano espartano¹¹³.

La conexión del ritual funerario de los monarcas lacedemonios igualmente muestran otras influencias orientales, como el transporte del cadáver del rey desde el extranjero hasta su patria; así, en Assur está documentado el caso de Sargón que murió en 705 y fue transportado con el boato propio de su rango hasta el definitivo emplazamiento de su Mausoleo, al igual que sabemos ocurrió con Agis II, Agesípolis y Agesilao II. En cambio, no podemos encontrar ningún parecido o similitud con el embalsamamiento y ceremonial funerario que se realizaba en Egipto con los faraones. Este hecho, podría avalar, en cierto modo, la teoría de que determinadas influencias en las exequias reales espartanas, a parte de poseer un lógico influjo cultural griega, también tenía diversas reminiscencias procedentes de Asia Menor, adquiridas probablemente, durante la época de los intercambios comerciales, en el siglo VII¹¹⁴.

El monarca espartano en las ceremonias centrales de los actos religiosos tenía la misión de conducir los ritos públicos; asimismo, su acceso al trono se realizaba mediante unas elaboradas y complicadas ceremonias¹¹⁵, en donde, era la figura central. También tenía la primacía durante sus funerales, que se convirtieron, junto a los de Olimpia, en los más espectaculares que podían contemplarse en el Peloponeso¹¹⁶. Establecido el número de periecos e hilotas que debían converger

¹¹² X. Ages. 11. 7; cf., X. Ages. 2. 4, Plut. *Moralia* 191 D, 210 D, 215 A.

¹¹³ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 338.

¹¹⁴ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 334.

¹¹⁵ Th. 5. 16. 2.

¹¹⁶ Hdt. 6. 58. 1-3, Tyr. 7 D, X. *Hel.* 3. 3. 1.

en Esparta procedentes de toda lacedemonia, los hombres y las mujeres se reunían en la casa del rey fallecido, y a continuación dice Heródoto: *cuando estaban todos en asamblea, miles de ellos entre los que también se incluían las mujeres, se golpeaban entusiastamente la frente y prorrumplan en interminables lamentos*¹¹⁷. Subsiguientemente, toda empresa publica permanecía suspendida, como se ha indicado anteriormente, durante diez días¹¹⁸. Con lo dicho se puede percibir que en ninguna otra parte de Grecia en época clásica era tan ostensible la jerarquía suprema y el poder que tenía un jefe del Estado.

El cadáver real constituía un símbolo de autoridad para los lacedemonios; por eso no importaba que durante su vida tuviese mermadas algunas facultades decisorias, pues al final de sus días, a diferencia del resto de los ciudadanos, era tratado como un héroe. También, esto se veía refrendado con la forzosa presencia de periecos e hilotas, que normalmente no necesitaban visitar la ciudad durante su vida. Las honras fúnebres, evidentemente, contrastaban deliberadamente con las exequias que se tributaban a los espartiatas ordinarios, que tenían unos honores mucho más sencillos e incluso modestos¹¹⁹. En cambio, coincidían en la realización del sacrificio de caballos y jabalíes sobre el túmulo, ritual del que ha quedado constancia arqueológica.

Obviamente, existía un importante contraste entre los entierros efectuados fuera de Esparta y los elaborados preparativos que disfrutaban los monarcas que, incluso, forzaban la recuperación de sus restos por dificultoso que fuese la misión¹²⁰; esto nos lleva a calificar los funerales de los monarcas lacedemonios como completos, extraordinarios y exclusivos. No pueden ser explicados únicamente mediante el razonamiento de que son costumbres supervivientes de viejas tradiciones espartanas cuyos orígenes se remontarían al inicio del Estado. Es cierto que se encontraban conectados con vestigios ancestrales, pero no es menos verídico que el funeral real culminaba con la heroización del monarca, lo que le situaba en un plano similar al del héroe, y próximo al de un dios; este era el punto central para justificar la perduración de tan peculiar institución, y los motivos por los que el rey era eximido de las regulaciones vigentes para el resto de los espartiatas a la hora de su muerte.

¹¹⁷ Hdt. 6. 58. 3.

¹¹⁸ Hdt. 6. 58. 3.

¹¹⁹ Hdt. 4. 73. 1. Los funerales tributados a los reyes escitas poseen ciertos paralelismos en cuanto a su celebración con los que tenían lugar en Esparta, aunque los sacrificios humanos eran sustituidos por diversas ofrendas o atributos simbólicos; así, por ejemplo, en vez de enterrar caballos o muchachos previamente estrangulados, se esparcían por todo el área que cubría el túmulo los huesos de caballos y jabalíes sacrificados. El ritual funerario del resto de los escitas era mucho más sencillo al circunscribirse sólo a una práctica familiar en donde, también intervenían los amigos; llama la atención la celebración de un banquete al finalizar la ceremonia del que no tenemos noticias que existiese con esta finalidad entre los espartanos. Cf., Hdt. 4. 72. 1-4.

¹²⁰ El único espartano no rey del que se tiene noticias sobre los diversas circunstancias que se prepararon para recuperar su cadáver fue Lisandro aunque, es cierto, que ya en vida se le tenía por un personaje extraordinario. Plut. Lys. 29.

3. Simbología de los funerales reales

En vida, los monarcas lacedemonios, a pesar de las restricciones constitucionales a que se veían sometidos y del hecho de tener pocos privilegios que los diferenciase del resto de los espartiatas, poseían tres honores simbólicos, esenciales y significativos, aunque no pasasen de ser, mayoritariamente, protocolarios: los reyes tenían dos votos en la Gerusia; todos, con excepción hecha de los éforos, estaban obligados a permanecer en pie en presencia de los reyes; y cuando estos portaban armas podían representar verdaderamente a uno de los Dióscuros. Dichos honores, junto a los escasos privilegios que disfrutaban en vida eran ampliados mediante la celebración de sus funerales pues al morir recibían otros homenajes distintos a los que de ordinario se tributaban al resto de los espartiatas consistentes en diversos honores simbólicos; ello permite hablar, con absoluta corrección, en el caso preciso de Esparta, de una monarquía carismática¹²¹, incluso contando con las limitaciones impuestas al poder del rey.

Por tanto, los héroes y sus tumbas podían ser del más diverso género; principalmente, las "*habitarán*" dos categorías distintas de personajes que representarán, ambas, concepciones diferentes de individuos. Primeramente, se encontraban aquellos que tuvieron un reflejo histórico dentro de la vida de los espartanos, como el éforo Quilón, que fue heroizado a su muerte, quien una vez inhumado, sobre su tumba se confeccionaron algunos relieves en piedra cuya representación se ajustaba a los cánones de la heroización, y de los que nos ha llegado una inscripción¹²². Podemos pensar, aunque no existe una confirmación arqueológica, que los monarcas lacedemonios, como héroes que eran, se apropiaron automáticamente de la iconografía de estos relieves o estelas¹²³ para depositarlas encima de sus propios túmulos.

Segundo, se encuentran aquellos otros personajes de origen mítico, pero con caracteres talismáticos, como fue el caso de Orestes, el hijo de Agamenón héroe de la guerra de Troya. Sus huesos fueron trasladados desde Tegea hasta un cenotafio en Esparta, en una fecha que se aproxima al 550 a. C.; esto representó una de las consecuencias producto de la política expansionista espartana durante el siglo VI, la que, además, debía ser respaldada mediante la presencia de un héroe en la ciudad¹²⁴. Esto, asimismo, les equiparaba al resto de las otras *poleis* griegas que tenían, o buscaban los restos de sus propios οἰκιστής, o simplemente, de sus

¹²¹ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 100.

¹²² Paus. 3. 16. 4, IG V, 1. 244.

¹²³ Para la iconografía de la heroización, puede verse: P. M. Fraser, "Archaeology in Greece: Sparta", *AR* 17, 1970-1971, 14 y H. W. Cartling, "Archaeology in Greece: Sparta", *AR* 21, 1978-79, 19.

¹²⁴ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1979, 138-139 y 158. Asimismo, junto a su tumba se encontraba una estatua de otro importante rey que poseía connotaciones heroicas, Polidoro. Paus. 3. 11. 10.

ancestros, y cuya necesidad psicológica recorrió toda la Península Helénica desde mediados del siglo VI hasta los inicios del siglo V. El factor que permitió esta situación en Laconia, al igual que en el resto de Grecia, fue la creencia esencial de que lacedemonia resultaría reforzada, por la acción benéfica y protectora de su héroe y que la calidad de vida existente en Esparta iría en aumento progresivamente; este segundo entierro de Orestes, el primero se efectuó en Tegea, poseyó, en su finalidad ideológica y terapéutica, ciertas similitudes con las reliquias de los mártires en los primeros siglos del cristianismo. Esta necesidad de huesos heroicos se volvió a ver confirmada con los hechos acaecidos en las Termópilas; era preciso contar con la acción protectora del monarca que tan valientemente se había enfrentado a los persas, para lo que, no importó esperar unos cuarenta años para recuperar sus restos, a la vez que se instituyó en Esparta unos juegos de perioricidad anual dedicados a honrar su memoria¹²⁵.

Diversos personajes con una existencia histórica probada, también aceptaron (como Lisandro) diferentes honores en vida lo que les situaba, en cierto modo, en un plano inmediatamente inferior al de los héroes. La intencionalidad de estos premios iban dirigidos a agradecer los servicios prestados a la ciudad por dichos individuos pero también, tenían la finalidad de investirles de un carisma que pudiese ser utilizado en sus funciones de estrategas, de guías o líderes, bien militares, bien cívicos.

Así, Brásidas por salvar la ciudad de Metona, al Suroeste de Mesenia, de la presencia ateniense en 431, recibió grandes honores provenientes del estado¹²⁶, es decir, al comienzo de la guerra del Peloponeso, y es a partir de entonces cuando se le fue encomendando complicadas misiones, entre las que destacó la expedición a Tracia, con la consiguiente conquista y dominio sobre Anfípolis. A su muerte fueron pagados por los anfipolitanos unos funerales espectaculares, incluso parejos en espectacularidad y significado con los tributados a los héroes, además superando las exequias ofrecidas al fundador de la ciudad Hagnón¹²⁷, que en su significación profunda guardaban unos caracteres similares a los efectuados con los monarcas lacedemonios.

Igualmente, Lisandro obtuvo, no un entierro, pero sí un culto después de su muerte con unas connotaciones característicamente heroicas, aunque ya se le había investido en vida con una cierta veneración hacia su persona, sobre todo por parte de algunas ciudades de la costa de Asia Menor, como Tarso, o la isla de Samos con la que mantenía unas excelentes relaciones. Las honras fúnebres no guardaron relación con las efectuadas al resto de los ciudadanos espartanos, sino que ha podido comprobarse que su configuración tuvo diversos aspectos paralelos a los funerales que se

¹²⁵ Paus. 3. 14. 1, IG V, I 660.

¹²⁶ Th. 2. 25. 2, D. M. Lewis, *Sparta and Persia*, Leiden 1977, 42. Además fue el primer espartiatá en recibirlo en vida.

¹²⁷ Th. 5. 11; cf., S. Hodkinson, *op. cit.*, 260.

desarrollaban en la propia Samos¹²⁸.

Junto a los dos personajes citados, hubo otros espartiatas que recibieron diversos homenajes que se aproximaban a la heroización, pero sin traspasar ese umbral que había de separación entre el individuo mortal y el héroe. Así, Isidas fue obsequiado con una corona, trofeo muy apreciado, por su personal defensa de Esparta en 362, durante la guerra de Mantinea¹²⁹. En ese mismo año, a Antícrates, el hombre que mató a Epaminondas, le fueron concedidos diversos honores, como ofrendas y exenciones de impuestos para sus descendientes¹³⁰. En fin, el reconocimiento de méritos personales fue, por lo demás, muy común a la vida militar espartana, aunque esto no haya que identificarlo forzosamente con la heroización¹³¹ que, con excepción de los monarcas lacedemonios, sólo era concedida por un comportamiento en vida extraordinariamente brillante.

Los honores que recibía el rey durante su vida no eran muy superiores a los dispensados como individuos privados *-idiotai*¹³², y por tanto, semejantes a los obtenidos por cierta aristocracia espartana. La diferencia con el resto de los ciudadanos se manifestaba en el preciso momento de producirse la muerte, al ser honrados, ahora, como héroes; este era el nuevo *status* concedido a los monarcas fallecidos que les situaba en un plano superior al de los hombres, pero inferior al que ostentaban los dioses inmortales, es decir, en un escalafón similar al que podía tener Heracles; Jenofonte nos dice que al morir un rey espartano se le trasladaba a un *status* muy superior al que había tenido como *homoioi*¹³³. Este hecho fue

¹²⁸ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1982, 264-265 que rectifica lo expuesto en su obra de 1979, 268 y que, igualmente, es mantenido en P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 338.

¹²⁹ Plut. *Ages.* 34. 8-11, Eliano *VH* 6. 3; Polyæn. 2. 9.

¹³⁰ Plut. *Ages.* 35. 1-2.

¹³¹ Estas alabanzas a los méritos personales de determinados espartiatas si fue algo común durante el desarrollo de la vida ciudadana e incluso llegaron a ser cantados por mediación de un himno; ejemplos de lo expuesto los encontramos en el canto compuesto por los muertos en la *batalla de los campeones* en Tírea, hacia el 545 a. C., que dio como consecuencia la creación del importantísimo festival de las Gimnopedies en honor de los caídos; otro caso fue el del precio del valor *-aristeia-* concedido a los espartanos que murieron en la lucha contra los persas en las Termópilas en 480. Alfeo y Marón, que fueron los primeros en caer tuvieron un santuario muy venerado dedicado a su memoria en Esparta (Paus. 3. 12. 9), y en la piedra donde figuraba el nombre del rey Leónidas, también se inscribieron el de los 300 lacedemonios muertos en el paso de las Termópilas (Paus. 3. 14. 1). Estos ejemplos pueden analizarse mediante la lectura de: H. T. Wade-Gery, "A note on the origin of the Spartan Gymnopaïdai, *CQ* 43, 1949, 79, W. K. Pritchett, *The Greek State at War, II*. Berkeley-Los Angeles 1974, 285 y S. Hodkinson, *op. cit.*, 1983, 259.

¹³² P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 336.

¹³³ X. *RL.* 15. 8-9. No obstante, existe una contradicción en el propio Jenofonte, pues en un primer momento considera que los espartanos hacían respetar a sus reyes en vida como a héroes, para posteriormente afirmar que los honores en el transcurso de su vida no excedían en mucho de los concedidos a otros individuos privados, *cf.*, P. A. Cartledge, "Yes, Spartan King were Heroized, *LCM* 13.3, Marzo 1988, 43.

considerado extraordinario por los propios griegos, pero a su vez, constituyó una de las piezas claves en las que se cimentó la realeza en Esparta para el mantenimiento de esta institución, cuando prácticamente desde el siglo VI había desaparecido como forma de gobierno en el mundo heleno.

El origen de la concepción ideológica y simbólica de los funerales reales lacedemonios, que conectaban a los monarcas con los héroes fundadores de la ciudad, puede sugerir que fue establecida en un período cuya cronología no sería superior, posiblemente, a la primera mitad del siglo VIII a.C. Para ello, tuvo un papel destacado, primeramente, la vida pública espartana en una época en que la expansión territorial se encontraba en uno de los momentos de máximo apogeo de la historia con la incorporación de Amiclas, lo que a su vez concluía el proceso formativo de la ciudad y la búsqueda, por necesidad, de nuevas tierras en el Suroeste del Peloponeso¹³⁴. En segundo lugar, la intervención del Oráculo de Delfos, cuyo funcionamiento no se inició hasta mediados del siglo VIII¹³⁵, y en donde Esparta ejerció una gran influencia sobre sus dictámenes en los inicios del VII, consecuencia de lo cual fue el origen delfico de la legislación atribuida a Licurgo¹³⁶; además, se añadía el hecho de que el santuario tenía por divinidad representativa a Apolo, a quien en Grecia dedicaban fiestas en multitud de localidades, entre las que destacaban las Jacintas celebradas en Laconia a una de sus divinidades protectoras¹³⁷.

Por tanto, las innovaciones en el culto funerario de los monarcas lacedemonios podemos inscribirlas en este contexto; la datación de la nueva concepción real se situaría entre 750 y 650, lo que permitiría atribuirle a la unidad constitucional creada por Teopompo y consolidada posteriormente por Polidoro. Estas reformas supusieron la transformación radical de la sociedad espartana, pero también ofreció un soporte ideológico a una institución, la monarquía dual, a la que progresivamente se le estaban mermando el poder con la creación del eforado, posiblemente a comienzos del siglo VII; igualmente, se la pretendió reforzar desde una perspectiva sociológica en vista de la creciente desaparición de esta forma de gobierno en Grecia ante la aparición de las tiranías, lo que provocó el aislamiento institucional de Laconia¹³⁸.

Por otra parte, Tirteo (mediados del siglo VII a. C.) configuró una concepción de la muerte y de la realeza que fue encontrada consistente por los espartanos. Su creación pudo estar inspirada en Homero, aunque no desde una posición original, pues con anterioridad, en tiempos de Teopompo y Polidoro, y por inspiración de uno de ellos se erigió un gran templo a Menelao, uno de los más grande héroes que había

¹³⁴ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1979, 106.

¹³⁵ J. Fontenrose, *The Delphic Oracle*. Berkeley, 1978. 4. Para consultar la respuesta oracular a la pregunta formulada por unos enviados de Esparta sobre el origen de la ciudad, vase, J. Fontenrose, *op. cit.* 272, Q.II (PW. 561).

¹³⁶ Tyr. 4 D.

¹³⁷ Cf., Th. 5. 23. 4; Ath. 4. 139, que habla sobre el ritual de las Jacintas.

¹³⁸ Cf., P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 338.

tenido Esparta y, participante en la mítica guerra de Troya, narrada en el *corpus* literario homérico¹³⁹. Esta era la variante local de un tema muy extendido por toda la Hélade, la veneración del héroe del pasado y la heroización de recientes aristócratas muertos -Teopompo sería un ejemplo válido¹⁴⁰.

Los espartanos tenían la necesidad de facilitar un soporte ideológico, político y religioso al naciente estado, además de una motivación práctica a la reciente conquista de Mesenia; para ello, se acudió al mitológico Menelao y se le construyó un templo, que adquirió la particularidad de constituir el santuario simbólico de la monarquía unificada. Al héroe de la guerra de Troya asimismo, se le unieron, en el afán de crear una estructura ideológica consistente, los Dióscuros¹⁴¹, hermanos de Helena, la esposa de Menelao, a los que se suponían moraban bajo tierra, pero que a la vez, acompañaban al rey en campaña; Cástor y Pólux fueron los modelos y la garantía divina de la diarquía espartana quienes, además poseían habilidades distintas, pero que aunadas conformaban las que debía tener un buen rey: Cástor destacaba como soldado y domador de caballos, y Pólux era el mejor pugil de su época (cuya manifestación más ostensible se encontraba reflejada en las múltiples cicatrices de su rostro), e incluso, ambos ganaron diversos premios en los Juegos Olímpicos.

Los Dióscuros presidían los Juegos espartanos y porque inventaron la danza guerrera y la música bélica, fueron considerados patronos de todos los bardos que habían cantado las batallas antiguas; por ello, en el templo de Hilaíra y Febe en Esparta, a las dos sacerdotisas se les llamó Leucípides¹⁴², y del techo colgaba un huevo del que nacieron las dos hermanas mellizas¹⁴³. También, los espartanos

¹³⁹ H. W. Catling, "Excavations at the Menelaion, Sparta 1973-1976", *AR* 20, 1976, 24. Además, la heroización fue el honor propuesto por Tirteo para los guerreros muertos en el siglo VII, cuyo linaje también es enfatizado por el lírico escrito espartano en Tyr. 12. 28-31 D. Cf., C. Foqua, "Tyrtæus and the Cult of Heroes", *GRBS* 22, 1981, 215 y J. M. Casillas y C. Formis, "Resonancias épicas en Tirteo: Aproximación al contenido histórico de los poemas 4 D y 6 + 7 D". *IIIº Coloquio de Estudiantes de Filología Clásica, Valdepeñas 1991*, Ciudad Real 1992. 207-208.

¹⁴⁰ Tyr. 4 D y C. Fuqua, *op. cit.* 217 ss.

¹⁴¹ Alcman fragm. 7 Page. Sobre los Dióscuros, Hom. *Od.* 9.300, *Il.* 298-304, *Il.* 3.237, Apollod. *Bibliotheca* 3. 10. 3, 3. 11. 2, 3. 13. 7. Cástor y Pólux eran hijos de la misma madre, la etolia Leda, pero de padres distintos, el primero del rey lacedemonio Tíndaro y por tanto mortal y, Pólux de Zeus. Ambos, como se amaban tiernamente, aspecto que recuerda la permisibilidad existente en Esparta con las prácticas homosexuales, determinó que Zeus les concediese el don de poder vivir siempre juntos después de la muerte en un combate en el monte Taigeto, de Cástor. En su templo, la fórmula del juramento para los hombres era *Edépol* y *Ecástor* para las mujeres, véase H. Jennings Rose, "Castor and Pollux", *Oxford Classical Dictionary*, Oxford University Press, Oxford 1992, 1970, 213.

¹⁴² Hom. *Od.* 11. 300, Apollod. *Bibliotheca* 3. 11. 2, Paus. 4. 2. 4 e Hyg. *Fab.* 14. Hilaíra era sacerdotisa de Artemis y Febe de Atenea y ambas fueron amantes de los Dióscuros, con los que tuvieron diversos hijos. A las dos se las conocía por Leucípides, nombre derivado de Leucino, su padre, y co-rey mítico de Mesenia, lo que hizo que las sacerdotisas que se ocupaban del culto a Cástor y Pólux recibiesen dicha denominación.

¹⁴³ Pi. N 10. 49, Paus. 3. 16. 1-2.

representaban a los Dióscuros mediante dos vigas de madera unidas por dos transversales que los diarcas portaban siempre en la batalla y, cuando, por primera vez, un ejército espartano fue encabezado por uno sólo de los reyes, se decretó asimismo que una de las viga debía quedar en Esparta¹⁴⁴.

Con objeto de dar al rey la precedencia sobre su sucesor, y justificar la existencia de la institución monárquica, se consideró al ocupante del trono como descendiente de un dios. Así, la perfecta armonía existente entre los Dióscuros marcó una nueva etapa en la evolución de la dignidad real, en la que el sucesor actuaba como regente del estado y, nominalmente era menos poderoso que el rey sagrado. Cástor, y no Pólux, es la autoridad en la guerra. Pero hasta que evolucionó el sistema de la monarquía dual lacedemonia, el sucesor no fue considerado inmortal ni le fue concedida hasta su acceso al trono la misma posición que a los héroes hijos de Zeus.

De esta manera, los Dióscuros fueron el modelo y la garantía de estabilidad para la diarquía espartana. A la luz de esta asociación ambos, Menelao y los Dióscuros, representan algo nuevo en la concepción homérica del después de la vida; para la *Odisea*¹⁴⁵ ellos pertenecen a la creencia integrada en los restos de una ideología funeraria micénica de que sólo unas pocas personas seleccionadas, en este caso los reyes, conectasen con la huida que los dioses experimentaban de la muerte, y por tanto adquiriesen una suerte de inmortalidad.

Los reyes eran vistos como descendientes en línea directa del mítico fundador de Esparta, Aristodamo que, a su vez, tenía por ascendiente a Heracles. Obtuvieron los monarcas su legitimidad política mediante la *Gran Retra* que pasó a considerar a Teopompo y Polidoro como los primeros líderes *-archagetai-*, es decir, fundadores de la nueva entidad política que representaba la ciudad de Esparta, pero también consolidadores del nuevo estado.

Las dos causas narradas, política y mitológica, justificaban la existencia de unos rituales funerarios que eran desconocidos para el resto de los espartiatas. En cambio, en vida los honores recibidos por los reyes fueron ampliamente restringidos en cumplimiento de una doble finalidad; por una parte, eludir la tiranía a la que podían hacerse propensos los monarcas si mantenían el dominio absoluto del poder sobre todo, en un momento histórico, a partir de mediados del siglo VII, en que esta forma de gobierno comenzaba a proliferar por toda Grecia; y por otra, así se evitaba la envidia que podían grangearse del resto de los ciudadanos, "iguales" como ellos, al acumular todos los resortes del estado en sus manos, creando consecuentemente inestabilidad institucional¹⁴⁶.

¹⁴⁴ Cf., P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 110. Este hecho ocurrió por primera vez a partir de 506 a. C., después de un enfrentamiento entre Cleómenes I y Damarato en el sitio de Eleusis. Se decidió entonces que uno de los reyes permaneciese en la ciudad mientras el otro se encontrase en campaña en el exterior de Laconia.

¹⁴⁵ Hom. *Od.* 4. 561-565 y 11. 300-304.

¹⁴⁶ X. *RL.* 15. 8. Además, fue posiblemente un motivo para la creación de la Gerusia y del eforado; cf., P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1979, 119 ss. y P. J. Rhodes, "The selection of ephors at Sparta", *Historia* 30, 1981, 494-502.

Por ello, los monarcas lacedemonios tenían un *status* especial que sólo era disfrutado plenamente cuando morían, al pasar desde una posición de simple mortal, plano en el que se situaba en vida junto al resto de los *homoioi*, a un grado similar al del héroe¹⁴⁷.

La función vital religiosa no se encontraba solamente al servicio de un ritual funerario Real. También tuvo una destacada importancia política y una dimensión social. La deducción de este hecho parte de la unificación que podemos hacer de los diversos relatos aportados por Jenofonte¹⁴⁸. Posiblemente no presenció el funeral que recibió Agis II, pero en cambio, si pudo estar presente en los de Agesípolis en 380 y Cleóbrotos en 371 cuando su cuerpo fue repatriado desde Leuctra, y con cierta certeza podemos suponer que también llegó a ver el de su amigo Agesilao. En el panegírico o encomio titulado *Agesilao*¹⁴⁹ hace mención de la muerte del rey en el puerto de Menelao -costa egipcia-, del retorno de su cuerpo a Esparta y del funeral tan brillante al que se había hecho acreedor -βασιλική τάφη-; esta descripción tan pormenorizada lo diferencia del relato recogido en las *Helénicas*, en donde se fijó exclusivamente en la calidad de los funerales que se le tributaron a Agis¹⁵⁰.

Los motivos de este enfoque tan diferente lo inferimos del contexto posterior,

¹⁴⁷ La situación de semidios que tuvo el monarca lacedemonio era adquirida una vez producida su muerte. No obstante, este aspecto de la divinidad real es bastante discutido. R. Parker sostiene lo contrario al considerar que ese tratamiento como héroe lo recibía también durante su vida en concordancia con el carácter de descendiente de Heracles y, era plasmado durante la celebración de un espectacular funeral; en esta ceremonia, Parker ve la representación simbólica de la realización del poder Real; para demostrar lo que dice, se basa en Jenofonte *Hel.* 3. 3. 1., en donde al exponer los tributos a Agis II, comenta que los reyes habían sido en cierto sentido héroes y en los funerales continuaban siendo honrados como tales. Lo expresado por Parker, en mi opinión, es sumamente dudoso, ya que el poder del monarca durante su vida se encontraba bastante limitado constitucional y legalmente por la existencia de otras instituciones como el eforado que llegado el momento, incluso, podían ejercer acciones y promover influencias para expulsarlos del trono; además, los propios éforos escudriñaban el cielo cada nueve años en busca de algún posible error del rey con la finalidad de cuestionar su validez política e institucional. Con monarcas a los que se tuviese por héroes en vida esto muy difícilmente hubiera podido ser llevado a cabo y, más aún concluir con su deposición, expulsión del trono o destierro. Igualmente, estaban sujetos a otros órganos de gobierno, por lo que sus intentos de tomar decisiones independientes y personales se relacionaban con su propia carácter e idiosincrasia y no por el hecho de constituir una figura simbólica; así, Agesilao II ostentará mucho poder, anulando en diversas ocasiones el de los propios éforos aunque, por ejemplo durante su expedición a Asia tuvo que regresar a Esparta por petición de los éforos a pesar de su opinión contraria e igual debió hacer cuando deseó hacer algunas campañas militares como mercenario, pero su hijo Arquídamo III no tanto pues, incluso, llegó a presentarse una acusación de recibir dinero. Por tanto, heroización y culto a los héroes depende del núcleo o apoyo que tenga el monarca dentro de un complejo político-religioso que en Grecia unía el mundo de los hombres con el de los dioses. R. Parker, *op. cit.*, LCM 13.1, Enero 1988, 10, en contra P. A. Cartledge, *op. cit.*, marzo 1988, 43.

¹⁴⁸ X. *Hel.* 3. 3. 1; *cf.*, X. *RL.* 15. 8-9.

¹⁴⁹ X. *Ages.* 11. 16.

¹⁵⁰ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987. 340.

particularmente por la disputa a la sucesión de la corona entre Agesilao y Leotíquidas¹⁵¹. Por tanto, a través de la conjunción de todas estas narraciones, podemos llegar a configurar, con cierta fiabilidad, la significación de las exequias reales.

La elaboración de los ritos mortuorios de un rey lacedemonio, idealmente servían para establecer y expresar la legitimación de la monarquía hereditaria, preservada exclusivamente dentro de la aristocracia espartana en las casas dinásticas de los Agiadas y de los Euripóntidas. Por ello, la realización del funeral era una suerte de aspectos simbólicos que tuvieron por misión la conservación y presentación de una lista real que poseía sus orígenes ancestrales en la presencia de Heracles en el Peloponeso.

No obstante, la manera de celebrar los ritos de la muerte, no ayudaban a resolver las diferentes disputas que podían plantearse sobre la sucesión monárquica en Esparta¹⁵², enfrentamiento que no podía ser resuelto hasta pasados los diez días del luto oficial, período en que se suspendían todos los negocios comerciales y asuntos públicos. Así, se deseaba establecer dos planos diferentes, el divino o heroico, a donde iba a ser trasladado el rey por una acción y ritual tanto religiosa como política, y el terrestre, al que pertenecían los mortales y entre, los que se encontraba el sucesor real, situado en un *status* inferior.

Este período de nula actividad era utilizado para purificarse el hombre y la ciudad; es en este plano terrestre o humano donde tienen que solventarse las diferencias entre los mortales, entre las que destaca la de elegir al nuevo monarca, como ocurrió en el caso de Agesilao y Leotíquidas, cuya resolución fue política y no religiosa.

La función legitimadora de las creencias y prácticas mortuorias no constituyó una exclusividad de la realeza lacedemonia al constituir este hecho una constante en la antigüedad, pudiéndose citar como ejemplo los funerales ofrecidos a Filipo V de Macedonia, e incluso los tributados a determinados emperadores romanos¹⁵³. Pero esta finalidad era expresaba más claramente en circunstancias donde, como ocurría en Esparta, la muerte del rey era transformada en una fuente de trascendencia y eternidad.

Las ceremonias funerarias, también eran utilizadas como redistribuidoras de parte de las propiedades del difunto rey. Esta redistribución no se efectuaba, por término general con las propiedades de la aristocracia espartiana sino que sólo estaba reservada a los monarcas lacedemonios. De esta forma, los funerales asimismo tenían sus componentes económicos pues, a parte de arriesgar dinero en su celebración, como en los de Agis II, gran parte de las propiedades y del capital del difunto monarca, iban sólo destinadas al heredero legítimo del trono, que a su vez, era quien dirigía los homenajes y tributos fúnebres a su antecesor¹⁵⁴; por ejemplo, esto último

¹⁵¹ Todos estos sucesos pueden ser seguidos en X. *Hel.* 3. 3. 1.

¹⁵² P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 340.

¹⁵³ K. Hopkins, *Death and Renewal*, Cambridge 1983, 211.

¹⁵⁴ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 341.

fue, posiblemente, lo que manipuló Agesilao II que, al controlar los resortes políticos del estado con ayuda de Lisandro, pudo organizar unos brillantes funerales a Agis, lo que le sirvió para reafirmarse como único y exclusivo heredero legítimo al trono. Su elección en la Asamblea fue la consecuencia directa del reconocimiento que sintieron los ciudadanos hacia Agesilao por contriuir a la heroización de su rey. Esta sería la causa esencial, a parte de algunas otras de menor importancia, que le permitió acceder a la monarquía, y obtener legítimamente las propiedades y enormes riquezas de Agis II, en detrimento del supuesto hijo de este, Leotíquidas, que sin la experiencia y apoyos necesarios para ganarse el voto, no pudo hacer frente al gran peso político que su tío poseía dentro de la ciudad¹⁵⁵.

Los funerales reales legitimaban la monarquía hereditaria dentro de un cuerpo cerrado de la aristocracia lacedemonia. Este suceso, fundamental para la elite espartana, también tuvo una proyección hacia el exterior, al contribuir a la unidad del estado y evitar posibles revueltas o enfrentamientos contra una institución cuyos representantes descendían de Heracles. Asimismo, se creó una conciencia de lo necesario y productivo que resultaba mantener la existencia y funcionamiento de esta institución; consecuencia de lo planteado fue que los conflictos internos entre los propios espartiatas escaseasen, ya que sólo se conocen, un posible levantamiento poco después de Leuctra¹⁵⁶ y las luchas civiles en los últimos años de la Esparta independiente¹⁵⁷. Por tanto, la realeza como institución poseyó una gran estabilidad que se mantuvo durante siglos, permitiendo con ello al sostenimiento de la unidad interior de lacedemonia, a la vez que manifestaba una constante presencia en los asuntos griegos.

En definitiva, el funeral real legitimó la existencia de la monarquía hereditaria dentro de un cuerpo elitista de la aristocracia espartana, lo que, igualmente propició el mantenimiento de la unidad del estado. Esparta fue la sociedad en donde el rey, vivo o ya muerto, representó la prosperidad y la perpetuación del orden político. Por ello, mantener vigente la monarquía dual propició la existencia de una integridad territorial más estable de lo normal en el resto de las *poleis* griegas. Esta institución tuvo un papel destacado como agente integrador, lo que políticamente fue expresado con la presencia de todas las clases sociales en los funerales reales. Efectivamente, en las exequias del monarca participaba toda la población de Laconia y Mesenia, dependientes o no, como si formasen parte de su familia. Esta forma de paternalismo

¹⁵⁵ P. A. Cartledge, *op. cit.*, 1987, 111.

¹⁵⁶ En efecto, la única revuelta protagonizada, hasta el siglo III a. C., exclusivamente por *homoioi* fue como consecuencia del desastre de Leuctra y, se encuentra narrada en un oscuro pasaje de Plutarco, *Plut. Ages.* 32. 6, *cf.*, Val. Max. 7. 2. Ver, Ch. D. Hamilton, *op. cit.*, 227.

¹⁵⁷ Iban más contra la reforma propuesta por los diversos reyes que contra la propia institución monárquica. Para los cambios propuestos por Agis IV: *Plut. Agis* 5. 1, 7. 5, 8. 1 y 14. 2. A. Fuks, "The Spartan Citizen-body in mid-Third Century B. C. and its enlargement proposed by Agis IV", *Athen.* 40, 1962, 254-260; por Cleómenes III: *Plut. Cleom.* 10. 1-10, 11. 2-3, P. Oliva, *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid 1983, 242-244; y Nabis: *Plut. Filop.* 16, *Paus.* 8. 51. 3, *Liv.* 38. 34. 6, K. M. T. Chrimes, *Ancient Sparta*, Manchester 1952, 30.

simbólico fue puesto en conexión etimológica entre el *kêdos* -funeral-¹⁵⁸ y *kêdestai* -pariente- lo que propició un incremento de la unidad y solidaridad entre la población, que sólo sufrió momentáneas rupturas como en la conspiración de Cinadón, para volver con posterioridad a recuperar la concordia bajo la protección de la monarquía.

¹⁵⁸ Hdt. 6. 58. 2.